

~ 1 ~

La fugitiva

*¡Walala, Walala, tulaba kuki! —¿A quién vemos?
¡O kabula da! — ¡Ustedes que han estado perdidos
durante siglos!*

Era un atardecer del mes de junio de 1971. Mi esposa Penina y yo acabábamos de llegar a un banquete que organizó su hermano para celebrar nuestro matrimonio y nuestro regreso a Uganda, nuestra madre patria en Africa oriental.

Penina y yo nos habíamos casado en Inglaterra en el verano de 1968. En aquella época, yo era estudiante universitario y cursaba estudios por medio de una beca gubernamental en el Real Colegio de Arte en Londres. Penina, a quien conocí en mi primera iglesia en Uganda, estaba a punto de terminar un adiestramiento avanzado de enfermería en Birmingham. Pude terminar mis estudios dos años más tarde y, tras una invitación del doctor Hans Rookmaaker, de Holanda, Penina y yo pasamos un año en la Universidad Libre de Amsterdam.

Estábamos en Amsterdam cuando oímos la noticia de la liberación de Uganda. Desde la independencia en 1962, el presidente Obote había encarcelado a cientos de personas de mi tribu, los baganda del sur. En enero de 1971, las cárceles de Kampala, la capital de Uganda, estaban atestadas con más de cuatro mil presos políticos. La esperanza de justicia desaparecía a medida que los posibles opositores del opresivo régimen de Obote eran encarcelados.

Fue en ese momento cuando llegó la libertad. El día 25 de enero, un oficial de alto rango en el ejército, el general Idi Amín, condujo al ejército de Uganda en un golpe de estado exitoso. Acto seguido, Radio Uganda anunció que Obote y sus seguidores habían huido a Tanzania, y que el ejército le había pedido al general Amín que gobernara el país. Casi de la noche a la mañana, Amín se convirtió en "el campeón de la libertad"; la época de oro de Uganda había comenzado.

Ahora, en este cálido atardecer de junio, Penina y yo sentíamos júbilo en nuestro corazón. Nos sentíamos felices de encontrarnos en nuestro hogar, y estábamos listos para comenzar una nueva vida en Uganda. Godfrey Lule, el hermano de Penina, nos recibió en las escaleras al frente de su hogar, y nuestra reunión fue ocasión de mucha alegría.

— ¡Mi hermano y mi hermana! — exclamó Godfrey al abrazarnos calurosamente —. ¡Bienvenidos al país de la libertad!

La fiesta de Godfrey se celebraba en el jardín delantero de su hogar de estilo occidental en Kampala. En el momento en que Penina y yo llegamos, ya había muchos distinguidos invitados reunidos, compartiendo en grupos alrededor de mesas preparadas con mucha elegancia o paseando por pequeños caminos de grava rodeados de frondosas hileras de plantas tropicales. Godfrey era abogado de renombre y secretario permanente del Ministerio de Justicia. Su casa estaba en el distrito más exclusivo de Kampala y sus amigos pertenecían a los círculos más elevados de la sociedad ugandesa. Ninguno de ellos vestía la túnica tradicional. Los hombres lucían trajes oscuros, confeccionados a la medida por sastres, y las mujeres usaban llamativos y costosos vestidos europeos. Por su lenguaje y sus gestos, todos daban la apariencia de una cultivada distinción. *Estas personas tan distinguidas*, pensé para

mis adentros al mirarlos en el jardín, *son los africanos del mañana. Son el futuro de Uganda.*

Nos sentamos a comer, y el olor a *curry* llenaba el aire. Todas las mesas estaban llenas de los mejores platos tradicionales. Había *matooke*, un plato de bananos cocidos al vapor con tomate y salsa de maní, y batatas cocidas al vapor y fritas. Había verduras, carne de cabra, pollo, carne de cerdo y de res, y una abundante selección de frutas tropicales. Al fondo, un aparato estereofónico tocaba la música nueva, una mezcla de guitarras occidentales y tambores africanos.

Al igual que Godfrey, la mayoría de los invitados eran abogados, y cuando la conversación giraba hacia la política, hablaban con confianza y profundo optimismo. Muchos de ellos habían sufrido bajo el tiránico régimen de Obote y ahora, por primera vez desde la independencia, tenían esperanzas para sí y esperanzas para Uganda. La situación económica del país estaba en continuo mejoramiento, y todos los prisioneros políticos habían sido liberados. El general Amín, "el gigante benévolo y alegre", prometió que el gobierno militar sería sólo un escaño para descansar por un tiempo en el camino hacia la libertad. Dentro de pocos años habría unas elecciones generales libres y justas.

Amín aún estaba realizando nombramientos políticos de importancia, y muchos de los invitados de Godfrey podían esperar posiciones prestigiosas en el nuevo gobierno. Se hacían bromas, y especulaban de manera amigable acerca de quién sería el próximo en "caer en gracia", expresión utilizada para describir la llegada al poder y la riqueza sin esfuerzo. Amín mismo había caído en gracia. No era político, ni tenía una buena formación. Sólo era un hombre del ejército, analfabeto, que ahora era el dirigente de toda una nación. Ahora, cualquiera podría ser afortunado.

Discerní un oportunismo subyacente en sus conversa-

ciones, pero lo excusé de inmediato. *Esto no es una clase alta*, me dije a mí mismo, *sino una clase naciente*. Es una clase con optimismo profesional. Soñarán, y juntos ascenderán muy alto en el árbol del éxito. Por un momento, tuve mi propio sueño. Yo ascendería más alto que los abogados. No había nada que se interpusiera en mi camino. Podría ser lo que quisiera en la nueva Uganda. Al poseer un rango académico, graduado de Londres y con una nueva posición como profesor en la única universidad de Uganda, la Universidad de Makerere, ya tenía todas las credenciales para el éxito. Todo lo que necesitaba era constancia.

Penina y yo nos marchamos de la fiesta de Godfrey muy tarde esa noche y ambos sentíamos un gran optimismo respecto a nuestro futuro. A los pocos días, Penina comenzó a trabajar de enfermera en uno de los hospitales más grandes de Kampala y yo comencé mi carrera de profesor de Historia del Arte. En mis primeras semanas en la colina de Makerere, todas mis ambiciones fueron realizadas. Tenía una posición prestigiosa, un buen salario, una casa grande y un auto nuevo. Mis colegas admiraban mis cuadros y esculturas. Los estudiantes llenaban ansiosos mi clase para escuchar ideas occidentales de labios de un artista graduado en una universidad británica. En raras ocasiones había asientos vacíos, y los que llegaban tarde tenían que sentarse en las ventanas o pararse en la puerta.

Mi reto mayor surgió en la clase, al tratar de conciliar mi trabajo en Historia del Arte con mi decisión de seguir a Jesucristo. Me convertí al cristianismo en 1961, cuando era estudiante de secundaria, por la influencia de una devota mujer de la Hermandad de Avivamiento de África Oriental.¹ Inmediatamente después de mi conversión, comencé a trabajar con las organizaciones misioneras locales como intérprete y predicador parte del día en

programas de evangelismo por las calles. Era muy celoso en este trabajo para la Iglesia, pero aun después de matricularme en la Universidad de Makerere tenía muy poco entendimiento acerca de cómo conciliar mi fe y mis conocimientos. Hasta después de salir de Uganda, cuando conocí al doctor Hans Rookmaaker, no comencé a entender la estructura intelectual de la fe cristiana. Ahora, estaba ansioso por compartir estas ideas con los estudiantes. Muy pronto se corrió la voz entre ellos de que había un profesor cristiano en la facultad. En poco tiempo tenía un flujo constante de visitas a la puerta de mi despacho. Penina y yo comenzamos unos estudios bíblicos para estudiantes en nuestro hogar, y consumía la mayor parte de mis energías orientándolos. Estas discusiones con los estudiantes eran tonificantes y muy fructíferas, y muy a menudo duraban hasta altas horas de la noche.

Mi luna de miel con la vida universitaria terminó en un cálido atardecer de domingo, tan sólo un mes después de que comenzara. Penina y yo fuimos esa mañana a la misión donde una vez trabajé como intérprete. Cuando terminó el servicio, nos quedamos en el patio para saludar a las viejas amistades. Fue una ocasión de mucho regocijo, mientras el brillante sol ecuatorial resplandecía en el cielo y docenas de niños reían y gritaban a nuestro alrededor.

Habíamos dado nuestros últimos saludos, y nos dirigíamos ya hacia nuestro hogar, cuando escuchamos otro saludo familiar. Dimos la vuelta y nos asombramos de ver frente a nosotros a "la fugitiva". Durante varios años Penina y yo habíamos conocido a esta madre de tres niñas sin hogar, pero no la habíamos visto desde que partimos para estudiar en Inglaterra. Era curioso que, durante el viaje que habíamos hecho por Norteamérica un verano, habíamos visto su fotografía muchas veces.

En el verano siguiente a nuestra boda, hicimos un viaje a Canadá a fin de visitar las congregaciones de origen de algunos misioneros que conocíamos en Uganda. Al ir de iglesia en iglesia, nos sorprendimos de encontrar una fotografía de la "fugitiva" prendida en el tablón de avisos de cada misión. Estaba vestida con sus harapos usuales y a su lado estaban sus tres pequeñas niñas vestidas sólo con unos pedazos sucios de percal. Debajo de su foto había cajas llenas de ropa. Penina y yo nos sentíamos abrumados por la sincera generosidad de los miembros de las iglesias, quienes estaban dando su amor genuino a una persona extraña. Nos regocijamos por la buena fortuna de la "fugitiva".

Ahora, en este atardecer del domingo, se acercó rápidamente a nosotros y nos abrazó como una madre al recibir a sus hijos. Sus tres hijitas estaban de pie muy cerca de ella y nos miraban con una expresión de timidez.

Penina y yo nos quedamos mirando a la mujer llenos de asombro. Estaba descalza y vestía el mismo traje que habíamos visto en la foto. Sus hijas se veían más miserables que nunca. Estaban vestidas con harapos rotos y sucios. Sus piernas estaban cubiertas de llagas purulentas, sus estómagos hinchados, y sus cabellos estaban canosos debido a la mala nutrición.

No pude quitar mis ojos de aquellas niñas. Desde lejos escuché a Penina hacer un ruido airado: —¿Quién es el padre de estas niñas? —demandó indignada.

La "fugitiva" contestó enseguida. El gozo de la bienvenida aún brillaba en su rostro y su voz estaba llena de esperanza: — Son hijas de Jesús — contestó.

Al escuchar estas palabras, Penina irrumpió en llanto y en breves momentos, la mujer estaba llorando con ella. Yo mismo no podía controlar mis lágrimas. Las tres niñas se acercaron a su madre y nos miraron en silencio. No sabían que llorábamos por ellas.

A los pocos minutos nos despedimos de la "fugitiva" y nos fuimos a nuestro hogar a la cena del domingo, pero esa noche, acostado en mi cómoda cama, no pude dormir. El rostro de aquella mujer estaba aún claro en mi mente. Me preguntaba si estaba durmiendo y si había hallado un portal para las niñas. Pensé en el dormitorio reservado para nuestra futura hija. Estaba lleno de regalos que habíamos recibido de nuestros amigos en Holanda y ya había una cuna preparada en la esquina. Nuestra niña nunca tendría que dormir en el piso o en el portal de algún extraño. Vestiría bien y nunca tendría hambre. ¿Qué la hacía a ella diferente a las hijas de la "fugitiva"? ¿Qué teníamos Penina y yo en especial que no tuviera su madre también? ¿No éramos todos hijos de la fe, hijos e hijas de Abraham? Sin embargo, aquella familia errante vestía harapos mientras nosotros usábamos vestiduras finas. Ellas comían las migajas destinadas a los perros, mientras nosotros comíamos del pan de la mesa de nuestro Padre.

Pensé en la fotografía que habíamos visto en Canadá. ¿No había cajas llenas hasta arriba de donaciones? ¿Quién comía la comida y usaba la ropa destinada a esta familia errante? ¿Por qué era usado su sufrimiento como un anuncio para levantar fondos para otros? Estas preguntas volvían una y otra vez a mi mente, y me mantuvieron despierto el resto de la noche sin paz y sin poder entender.

A la mañana siguiente fui a la misión para visitar al administrador a cargo de la distribución de la ayuda. Le hablé de mis experiencias en Canadá y en el patio de la iglesia. — La "fugitiva" no recibe cosa alguna de ustedes — le dije —. Su fotografía es utilizada, pero ella no ha sido recordada.

El hombre se encogió de hombros. No podía hacer nada. — Ha estado fuera demasiado tiempo — comentó —. Ha olvidado los problemas que tenemos. Vemos

miles de niños hambrientos y cubiertos de harapos todos los días. Usted mismo los ve. Usted sabe que no podemos ayudarlos a todos. La mujer de quien habla conoce al Señor y es feliz. Su recompensa vendrá.

Salí de la oficina y me fui a mi casa con muchas preguntas corriendo por la mente. *¿Por qué no reacciona este hombre?* me preguntaba a mí mismo. *¿Estará inmune al sufrimiento? ¿No puede ver más allá de las barreras de su propia vida de comodidad? Su propia familia come bien. Tiene ropa para vestir bien. Duerme en la seguridad de los terrenos de la misión. ¿Cómo puede decirle a esa pobre mujer que su recompensa está en el cielo, cuando la de él está en la tierra?*

Al mismo momento que mi corazón ardía contra el hombre de la misión, escuché la voz de convicción de Dios. *¿Cómo podía sacar la paja del ojo de mi hermano sin ver la viga que había en el mío? ¿Había algo que se pudiera decir de él y que no pudiera decirse de mí? Yo había visto a aquella mujer errante en las calles desde que era estudiante en la Universidad de Makerere. Le pasaba al lado mientras iba hacia mis clases y desde cierta distancia la había llamado "hermana". Una vez, hasta compartí un pasaje de las Escrituras con ella, y sin hacer esfuerzo, se memorizó una docena de versículos. En ese momento había admirado su inteligencia y su fe sincera. Pero nunca me había impresionado su pobreza. Nunca había vertido lágrimas por sus hijas; la comodidad de mi vida académica me había aislado de su necesidad.*

El rostro de la "fugitiva" parecía flotar frente a mí, y al mismo tiempo, vi en mi mente los rostros de dos niños a quienes en una ocasión les di clases en la escuela dominical. Venían de Kivulu, un arrabal situado a poca distancia de la Universidad de Makerere. Todos los domingos durante años, salía de mi dormitorio en la universidad a recoger niños en sus paupérrimas vivien-

das y caminaba con ellos hasta la iglesia. Todos los domingos, en la escuela dominical, les hablaba acerca de su amante Padre Celestial y de Jesús, quien se hizo pobre para que ellos pudieran ser ricos. Luego, todos los domingos, volvía a caminar con ellos hacia sus casas, sintiéndome justificado como maestro religioso. No me daba vergüenza decirles a estos niños: "Id en paz, calentaos y saciaos." No me avergonzaba dejarlos en su estado de miseria. Para mí, sólo eran almas que salvar; no tenía ojos para ver su sufrimiento físico.

Junto a los rostros de estos niños, aparecieron memorias de mi propia niñez, y de la pobreza de mi aldea. Nací en las densas selvas de Uganda durante la Gran Guerra, siendo el primer hijo de la segunda esposa de mi padre. Inmediatamente después de mi nacimiento, mi padre trasladó su familia a la aldea de Banga, a orillas del lago Victoria. Allí, se pasaba largas horas en sus sembrados de algodón o de café, y aún más largas sacando las semillas o seleccionando los granos de café a fin de obtener un precio mejor en el mercado de la aldea. Por duro que trabajara, nunca había dinero suficiente. Otros hombres se enriquecían con sus labores, pero él no podía proveer para su familia de dos esposas y diez hijos. El día que cumplí doce años de edad, tuve que usar cinco pantalones cortos a la vez para dar la apariencia de estar usando uno entero.

En ese mismo año, mi madre no pudo cubrir mis gastos escolares. No existía educación gratuita en primaria ni secundaria en el África oriental y ella había ahorrado durante años para juntar suficientes chelines para pagarme un año de estudios. Ahora estaba en mi segundo año y no podía volver a la escuela si no conseguía quince chelines. Le hablé de mi necesidad a la hermana de mi madre, tía Lusi, y ella me dio sus últimos chelines. Estaban guardados en una vieja tela anudada, y no pude evitar derramar lágrimas al alejarme del portón de su

24 Una angustia lejana

casa. Me preguntaba si Dios alguna vez cambiaría la pobreza de mi aldea.

Cuando niño, había derramado lágrimas por el estado de mi aldea, porque esa pobreza era la mía propia. Al igual que millares de niños de familias indigentes, recibí mi instrucción de manos de personas que apenas podían alimentarse y vestirse a sí mismas. Mi pueblo me había puesto en una posición de honor, y ahora, en la torre de marfil de mi éxito, me hallaba incapaz de identificarme con sus sufrimientos. Podía enseñarles a sus hijos y predicar en las plazas de mercado, pero no podía sentir su necesidad. Mis sueños de éxito eran para mí sólo; no soñaba para los pobres. Me había convertido precisamente en una de las personas que una vez había despreciado. Me había convertido en otro explotador.

¹ El avivamiento del África oriental comenzó en 1930 y ha durado hasta el presente. La palabra "avivamiento" tiene en el África oriental unas connotaciones diferentes a las que suele tener en el mundo occidental. No es el evangelismo en masa, sino una convicción interna de pecado que conduce a un grupo determinado de personas a la confesión. Se usa la palabra *okulongosa*, que significa, si se traduce literalmente, "limpieza". Es lo que ocurre cuando la luz resplandece en una comunidad de creyentes, y los humilla para producir en ellos arrepentimiento y perdón.

~ 2 ~

Salve a un niño bordando

El encuentro con aquella familia errante produjo una revolución en mi vida. Me conmovió profundamente su pobreza, y olvidé mi enojo con el administrador de la misión. En cambio, me acordé de mi propia responsabilidad ante Dios.

Una tarde, después de pasar varias horas preparando una conferencia, me senté al escritorio y le escribí una extensa carta a la señora Anky Rookmaaker, esposa de mi profesor de Historia del Arte en la Universidad Libre de Amsterdam. Recordaba una conversación que tuvimos la primavera anterior, en la cual me habló de su trabajo con niños desamparados en la India. Tenía una preocupación profunda por los niños de Uganda también, y se había ofrecido para ayudarme a levantar un orfanato en Kampala. En aquel momento me conmovió su compasión, pero al poco tiempo olvidé su proposición.

Ahora, le escribí con un intenso sentido de urgencia. — La situación aquí es explosiva — le informaba —. Se presenta como una amenaza, aun antes de comenzar. Hay cientos de niños en Kampala que viven en condiciones pésimas y los casos extremos y desesperados son numerosos. Algunos de estos niños no sólo necesitan que se les den alimentos, sino también cuidado personal y atención médica inmediata. No existe ningún centro

infantil cristiano en Kampala que pueda ayudarles.

Terminé la carta con una petición. — Si puede ayudarme — le dije —, me gustaría abrir un hogar para estos niños desamparados.

La señora Rookmaaker contestó de inmediato, y con profundo interés. Había presentado mi petición ante la junta de la fundación holandesa "Salve a un niño bordando" para solicitar su apoyo. Sus integrantes se habían dado a la tarea de ayudar a los niños desamparados usando personas de sus mismos lugares, y al cabo de pocos años estaban patrocinando más de seiscientos niños de la India. Ahora, a pesar de la gran labor ya realizada, permitieron que su corazón fuera movido nuevamente. En el otoño de 1971, la fundación "Salve a un niño" proveyó los fondos para establecer un orfanato cristiano en Kampala.

En septiembre del mismo año nombré una junta directiva, y juntos, contratamos a una "madre" y un "padre". En el mes de octubre encontramos una casa con cinco habitaciones, y en noviembre abrió sus puertas el Hogar Infantil de la Fundación Kijomanyi en Kampala.¹ Al cabo de sólo unas pocas semanas el hogar estaba proveyendo albergue, alimentos, vestidos y gastos escolares para más de veinte niños desamparados. Estos niños eran huérfanos o niños cuyos padres carecían de medios para atender a las necesidades básicas de la vida. En todos los casos, eran niños rescatados de una pobreza extrema.

Las primeras en ser admitidas fueron las niñas de la "fugitiva". El día en que las conduje hasta su nuevo hogar, sentí sanidad en mi corazón. Mi resentimiento contra el misionero desapareció, y en su lugar apareció un intenso sentimiento de satisfacción. Reconocí en ese momento que mi amargura había nacido de mi incapacidad e inseguridad, y había querido justificarme guardando rencor contra mi hermano.

Esta labor en el orfanato llenó mi vida de gran gozo, pero era un gozo lleno de lágrimas. Cada día parecía traer nuevos e inesperados problemas. La cocinera enferma, el fregadero que goteaba, un niño sin calzado, o un niño a cuyos patrocinadores no se les había escrito. Además siempre aparecía Bom, el mensajero del orfanato, tocando a la puerta de nuestro hogar a medianoche.

— ¡Kefa, aprisa! ¡Trae tu auto! El niño Mukasa se está muriendo! — Los nombres cambiaban, pero el mensaje era el mismo siempre: otro niño del orfanato se había enfermado por estar alimentándose bien. El camino desde la desnutrición hasta la nutrición normal era doloroso y peligroso para los niños pequeños. Su sistema digestivo insuficientemente desarrollado y lleno de parásitos reaccionaba con violencia durante el período de ajuste, y el viaje al hospital era casi inevitable.

Las llamadas a la puerta de nuestro hogar no se limitaban a las visitas a medianoche de Bom. Casi todos los días se presentaban rostros nuevos. Aparecían pastores informando sobre casos desesperados de sus iglesias, y madres que sostenían niños delgados e inertes en sus brazos: — Por favor, tomen mi hijo — nos suplicaban —. No tengo ninguna otra esperanza. No hay nadie que nos cuide.

Por cada niño que aceptábamos, teníamos que rechazar a otros veinte. Investigábamos la situación familiar, y pasábamos largas horas en oración, y al final, nuestras decisiones parecían arbitrarias, aun para nosotros mismos. *Este niño sí, aquel no. Vida para éste, muerte en vida para el otro.* Las madres de estos niños rechazados nunca entendían nuestra posición. "No hay lugar, hay otro niño más necesitado" son palabras carentes de significado para la madre de un niño que sufre.

En momentos como éste, lamentaba haber enviado la carta a la señora Rookmaaker; sin embargo, estos

encuentros dolorosos eran sólo el comienzo de mis frustraciones. Como fundador del hogar y presidente de la junta directiva, me había propuesto supervisar desde cierta distancia, a fin de ayudar a trazar planes para la organización. No me propuse pasar las tardes jugando balompié. No me propuse convertirme en madre y padre, chofer de ambulancia y plomero para veinticinco niños. Estas no son las responsabilidades de un profesor universitario, comencé a decirme mí mismo. Un hombre no pasa cuatro años estudiando arte en el extranjero, sólo para pasar sus noches perdiendo el sueño por causa de los hijos de otro hombre. Cada vez más, sentía que mi trabajo en el orfanato era una carga inoportuna.

Un día a fines de diciembre, fui al arrabal de Kivulu a recoger una huérfana, una de las dos niñas de Kivulu que una vez había llevado a la escuela dominical. Kivulu, "la mezcla", era un suburbio localizado precisamente en las laderas inferiores de la colina de Makerere. Sus calles eran estrechas y apretadas, así que dejé mi auto en la calle principal más cercana.

La casa de la niña quedaba a sólo unos diez minutos a pie, pero en este día caminé por más de treinta minutos. Me pareció que Kivulu había cambiado desde los días en que predicaba en sus plazas abiertas y recogía niños para la escuela dominical. Las calles parecían más estrechas, bulliciosas y sucias. En casi todas las esquinas había una cantina atestada de hombres que se reunían a beber cerveza cruda, una mezcla barata hecha a base de plátano, piña o sorgo. Las casas eran pequeñas viviendas dilapidadas con techos de metal y paredes de lodo. Muy pocas de ellas tenían pisos de concreto, y muchas carecían de ventilación, a excepción de una pequeña puerta estrecha. En diversos lugares había corrales pequeños para guardar los cerdos y las cabras que estaban a la venta en el mercado. Los montones de basura llenaban las orillas de las calles, y en cada esquina

semiprivada, las heces humanas cubrían el suelo.

El ruido era ensordecedor. Los fonógrafos y radios retumbaban con las últimas melodías congoleñas mientras que los vendedores y clientes hacían intercambios usando un lenguaje crudo y ruidoso al cual llamaban "abuso libre". Los carniceros picaban la carne medio descompuesta mientras ignoraban las nubes de moscas y demandaban su dinero con enojo. Los curanderos ofrecían amuletos para la buena suerte. Los jóvenes y los desempleados se reunían debajo de árboles frondosos a bailar y hablar. Bebían cerveza en sus jarros de barro y discutían bulliciosamente, soñando con dinero y empleos. Sólo los ancianos parecían estar en paz. Se sentaban en duros bancos, fumando sus pipas y haciendo cuentos de mejores tiempos, de los días de las aldeas que ya habían pasado.

Era la hora del té cuando llegué al hogar de la niña. Su tutora, Miriyamu, me recibió en la puerta y me condujo a un banco de madera en el cuarto exterior. El piso de tierra se hallaba barrido completamente, y el cuarto entero estaba recogido. En una esquina había una estufa de carbón y un corto estante de madera con algunas tazas y platos. Estaban ahumados y manchados por el tiempo, pero no estaban sucios.

—Por favor, espere aquí —me dijo Miriyamu en forma cortés—. Traeré a Topista.

Se fue al cuarto trasero y a los pocos minutos volvió con una niñita de seis a siete años de edad. Topista estaba vestida con su mejor vestido, y su rostro estaba acabado de aceitar —quizá más de la cuenta— con vaselina. Se arrodilló y me saludó con timidez.

En ese preciso momento hirvió el agua para el té. Miriyamu lanzó una exclamación y salió corriendo a toda prisa para quitar la marmita del fuego. Se excusó cortésmente y volvió a la habitación trasera. Luego de unos minutos de traqueteo ruidoso, regresó. En sus manos

traía una resplandeciente taza nueva de porcelana.

La taza de porcelana relumbraba en la oscuridad del cuarto del frente. Iluminaba las paredes de barro, el piso de tierra y la manchada ropa de Miriyamu y de Topista. Todo lo que había en la habitación quedó opacado por la taza. Miriyamu la limpió con cuidado y la colocó en una bandeja mohosa. Tomó otras tazas del estante, y las llenó todas de té. Entonces con sumo placer y de buen grado, Miriyamu me ofreció la taza de porcelana.

Era un favor especial que yo había recibido en innumerables ocasiones anteriores. Los muy pobres lo reservaban para los *abaana babowo*, la clase privilegiada. Recibí la taza y me senté en el banco a tomar el té. Miriyamu desenrolló una esterilla y se sentó en el piso junto a Topista. Por varios minutos hablamos acerca de los pronósticos del café y el algodón, y acerca del conflicto tribal en el norte. Cuando terminé de tomar el té, me levanté del banco y le devolví la taza a Miriyamu. Ella la volvió a colocar con delicadeza sobre la bandeja. Movié la cabeza asintiendo hacia Topista, la cual se puso de pie para marchar también. Pero antes, al igual que todo niño obediente, se arrodilló ante su protectora y se despidió. Los ojos de Miriyamu brillaban de alegría. — Este es un día de gran gozo — comentó —. En este día, tu vida comienza de nuevo.

Mientras salíamos por la puerta, recordé la ropa de cama. A fin de ayudar en el período de transición, era nuestra costumbre en el Hogar que los niños trajeran su propia esterilla y sus mantas. Le comenté esto a Miriyamu, pero ella movió la cabeza en forma negativa. Topista no tenía esterilla. Sólo tenía una manta raída y manchada. Era la que ella ponía en el piso por las noches y doblaba con mucho cuidado por las mañanas. Se disculpó con humildad, comentando que no era una manta con la que pudiera comenzar una nueva vida.

Topista y yo viajamos hacia el orfanato, haciendo

chistes y riendonos por el camino. Pero en mi mente estaba diciendo: *Esta mujer frívola, Miriyamu, es una mujer sin entendimiento. ¿Por qué tiene una taza de porcelana mientras Topista no tiene esterilla?* Entonces pensé: *Con razón los pobres son pobres. Con razón vienen extraños a recoger a sus niños.*

Esa noche le conté a Penina toda la historia de Miriyamu y la taza de porcelana. Sin embargo no le hablé sobre mis pensamientos de enojo.

— ¡Qué interesante! — comentó Penina cuando terminé mi relato. Se sonrió complacida —. ¡Los pobres tienen un entendimiento tan profundo de las cosas!

Estas no eran las palabras que yo esperaba escuchar. Quizá, pensé para mis adentros, *Penina no haya entendido. No ha entendido que Topista no tiene esterilla.*

Pero Penina siguió hablando. — Los pobres humildes conocen un secreto profundo. Comparten de sí mismos, no de lo sobrante. Dan de la abundancia de su corazón.

Estas palabras de Penina arrojaron nueva luz sobre mi manera de ver a Miriyamu, y vino a mi memoria una antigua tradición Baganda. En nuestra tribu, cuando la mesa había sido bendecida con alguna comida escasa, como por ejemplo la carne, cada persona tomaba un pedazo de su propio plato y se lo entregaba a su vecino diciendo: *Okudiza guba mwoya, omuga gudiza enyanja*: La dádiva fluye del buen espíritu, como el río fluye hacia el lago.

El proverbio significa que la acción de dar no es asunto de tener grandes posesiones, sino que es asunto del corazón. El río da sus aguas al lago, a pesar de que las aguas del lago son mucho mayores.

Este es el proverbio que gobierna las dádivas de los moradores de las aldeas. Ellos les ofrecen sus posesiones más preciadas a sus visitas pudientes. Le entregan al morador de la ciudad su único plato. Matan su última

32 Una angustia lejana

cabra para hombres que son dueños de fábricas o reciben salarios generosos, y rara vez en el intento de impresionar, sino sólo como una señal de respeto. Es como si dijeran: —Somos personas humildes, pero sabemos honrarlos a su nivel propio. Somos personas humildes, pero tengan esto; es todo lo que tenemos que esté a tono con su forma de vida tan elevada.

Mi forma de dar había sido diferente. Yo no había ido a la vivienda de Miriyamu a dar parte de mi preciado tesoro. Fui a ofrecer un favor: ayudar a una pobre huérfana. —Aquí estoy —podría haber dicho al entrar por la puerta—. Aquí estoy yo, una persona sumamente importante. He venido en mi tiempo de ocio, para darle vida a Topista.

Fue la tutora, Miriyamu, la que entendió el proverbio de *okudiza*. Ella era pobre hasta la miseria, pero dio sin reproche. Abrió su hogar para una niña huérfana cuando apenas podía alimentar y vestir a su propia familia. Guardaba la taza de porcelana para darles a otros cuando no tenía nada bello para sí, y se regocijó por Topista, mientras su propia vida continuaba sin esperanza de cambio.

Esa noche, de las palabras de Penina y de la humilde Miriyamu, aprendí una profunda lección. Aprendí que hay quien da para servir a otros, y hay quien da para servirse a sí mismo. Hay quien da para ayudar a progresar, y hay quien da para dominar. Sin amor, todo es mero paternalismo y altanería. Sólo se da lo sobrante y no los tesoros preciados.

¹ *Kijomanyi* es un derivado de un proverbio ugandés parecido al proverbio castellano "Más vale precaver que tener que lamentar". *Kijomanyi* significa: "El que le hace caso al primer consejo, no perderá su cosecha".

~ 3 ~

¿Estás quebrantado?

Durante todo el año 1971, la popularidad de Idi Amín creció con gran rapidez. Existían muy pocos opositores a su régimen, a excepción de los seguidores más fieles del expresidente Obote. Las personas educadas celebraban el derrocamiento del pomposo gobierno de Obote, y esperaban ansiosas un aumento en su propio prestigio e influencia. La rica población asiática, clase comerciante dominante de Uganda, se regocijaba en la conservación de sus ventajas económicas. Aun los pobres, que generalmente no prestaban atención alguna a la política nacional, le dieron la bienvenida a Amín como uno de los suyos.

Fue en junio de 1971 cuando en las calles de Kampala se escucharon los primeros rumores extraños. Los soldados de las tribus norteanas de los *acholi* y los *langi* reclamaban que cientos de miembros de sus tribus habían sido asesinados por las tropas de Amín. En julio, un reportero y un sociólogo de la Universidad de Makerere, ambos norteamericanos, partieron hacia el oeste rumbo al cuartel de Mbarara con la esperanza de conocer la realidad. Ambos hombres desaparecieron. Los médicos hablaban entre sí de un colega que fue arrastrado desde la sala de operaciones y muerto a tiros. Los pescadores, mientras bebían en las tabernas del puerto, susurraban acerca de los cadáveres hinchados que flotaban por el río Nilo. Los mensajeros con noticias de los distritos lejanos informaban acerca de cientos de

34 *Una angustia lejana*

cadáveres que yacían sin sepultura en los bosques del norte de Uganda.

Dentro del clima optimista del primer año bajo el poder de Amín, tales relatos eran demasiado distantes y grotescos para ser creídos. Fueron desechados como mentiras fabricadas por los partidarios de Obote, o como informes exagerados sobre violencias esporádicas. Todos sabían que los militares en ocasiones acudían a medidas extremas como medio para fortalecer su posición. Todos sabían también que las fuerzas políticas perturbadoras y las fuerzas criminales tenían que ser erradicadas. Nadie esperaba un golpe de estado sin derramamiento de sangre.

En esta época, la Iglesia cristiana gozaba de la benevolencia de Amín, pero se enfrentaba con muchas luchas internas. Estos problemas habían comenzado hacía casi cien años, poco después de la fundación de la Iglesia. El cristianismo llegó a Uganda en 1877 por los esfuerzos abnegados de Alexander Mackay, misionero presbiteriano, escocés e ingeniero bien entrenado. Mackay creía firmemente en la encomienda misionera de la Iglesia, y vino a Uganda no sólo a salvar almas, sino a compartir sus conocimientos profesionales. Además de evangelizar, enseñaba a construir carreteras y puentes, a leer, a usar la imprenta y a usar los métodos modernos de agricultura. Su comprensión del Evangelio era profunda y su predicación sencilla. Hacía énfasis sobre el arrepentimiento, la conversión y la confesión continua de los pecados. Mackay les decía a sus convertidos que sin una confesión continua de pecados, la Iglesia perdería su poder, y el pueblo de Dios perdería su gozo.

Mientras Mackay viajaba a través de Uganda ganando almas para Cristo, añoraba el día en que los cristianos de Uganda cesaran de pensar en el cristianismo como la religión del hombre blanco. Siempre que establecía una nueva iglesia, insistía en que sus dirigentes debían ser

¿Estás quebrantado? 35

personas del lugar. Preparaba a los jefes de las tribus y les encomendaba la responsabilidad de la instrucción religiosa de sus pueblos. Utilizaba sus hogares como estaciones temporales de la misión. Cuando llegaba el momento de partir de la aldea hacia un nuevo viaje misionero, el líder espiritual del pueblo era el jefe de la tribu y no Alexander Mackay.

La visión de Mackay de una poderosa Iglesia nacional se hizo realidad durante su propia vida. El 9 de octubre de 1885 se derramó la primera sangre de mártires cristianos en Uganda. En menos de un año, el rey Mwanga, rey mahometano de Baganda, mató a más de cuarenta ugandeses. Muchas de las víctimas fueron jóvenes que servían de pajes en la corte de Uganda y que rehusaban participar en sus ritos de sodomía. En 1890, Mwanga fue derrocado y la fortuna política de la Iglesia cambió. Aquellos que escaparon del martirio comenzaron la tarea de reconstrucción de la Iglesia, y los diez años siguientes fueron de un crecimiento sin precedentes. Con la ayuda de un puñado de misioneros en el país, el número de evangelistas nativos aumentaba constantemente. A fines de siglo había más de doscientos sesenta evangelistas predicando el Evangelio. Se habían establecido ochenta y cinco estaciones misioneras.¹

Al comenzar el nuevo siglo, llegó una nueva generación de misioneros desde Inglaterra. Estos eran hombres y mujeres dedicados "al comercio y al cristianismo" y no estaban dispuestos a entregarles la Iglesia a los dirigentes locales. A medida que sus intereses económicos comenzaron a infectar los programas de evangelismo, la Iglesia nacional era centralizada, alejándola de la comunidad local. La responsabilidad de esparcir el Evangelio les fue quitada a los jefes de las tribus, siendo reemplazada por una estructura eclesiástica colocada bajo el control misionero. Al cabo de unos años, la Iglesia nativa fue separada de sus raíces culturales. Las

liturgias importadas desplazaron a las melodías nativas y la ropa occidental reemplazó a las túnicas tradicionales. El jefe tribal fue reemplazado por un pastor local y a los ugandeses bautizados se le daban nombres "cristianos", o ingleses. Sin ninguna convicción teológica nativa, y muchas veces sin entender el compromiso cristiano, estos "convertidos" se entregaban por miles a las denominaciones europeas.

Debido a estas razones, la Iglesia de Uganda nunca se arraigó en las raíces vitales de la comunidad africana. El creyente ugandés nunca hallaba su identidad cultural. Es cierto que cada cristiano tiene una nacionalidad dual, puesto que pertenece a su familia humana y a la familia de la fe, pero el cristiano ugandés se veía obligado a sostener una fidelidad tripartita. Era miembro de su tribu, miembro de su iglesia, e hijo ilegítimo del occidente.

Los problemas creados por estas tensiones culturales nunca se resolvieron. Cuando Penina y yo regresamos a Uganda en 1971, hallamos que la fuerza penetrante de la influencia occidental había apartado a muchos cristianos de la Iglesia. El despertar de su conciencia africana les dificultaba adorar en el modo cultural de otra civilización. Al mismo tiempo, muchos líderes nacionales hacían fuertes acusaciones. Atacaban a la Iglesia, acusándola de ser una fortaleza de la religión occidental, o la desechaban como un marchito remanente del pasado colonial de Uganda.

Uno de los grupos nativos, que podría haber guiado espiritualmente durante esta época, era la Hermandad de Avivamiento del Africa Oriental. La Hermandad de Avivamiento comenzó en la década de 1930, cuando varios cristianos comenzaron a reunirse con el propósito de orar.

Pronto descubrieron que, aunque estaban ocupados haciendo estudios bíblicos, reuniones de oración y servicios en la iglesia, las cosas que estaban haciendo no

eran el mensaje central de las enseñanzas de Cristo. Tuvieron que preguntarse: ¿Murió Cristo por nuestras reuniones, o murió por alguna otra razón?

Entonces encontraron que Jesús había indicado que, antes de disfrutar de la vida devocional, los discípulos debían reconciliarse con el hermano o hermana a quien posiblemente hubieran herido durante el día (vea Mateo 5:23, 24). Cristo no había muerto por sus cultos. El pagó el precio para que hubiera una relación correcta con Dios y entre los hermanos.

Asistí por primera vez a una reunión de la Hermandad de Avivamiento poco después de mi conversión en el año 1961. Fue un viernes por la tarde y el salón estaba lleno de gente que cantaba y alababa a Dios. La mayoría de las canciones hablaban de la sangre del Cordero que murió. A medida que los diferentes hermanos se ponían de pie y confesaban su pecado abiertamente, observé que nadie estaba prestando atención a los pecados confesados. Antes de que el hermano o hermana pudiera terminar la confesión, el resto de los hermanos interrumpía con cánticos de alabanzas.

A pesar de que mis piernas estaban temblando, al fin me puse de pie también. Confesé mi pasada infidelidad a Dios y las relaciones estropeadas en mi vida. Antes de que terminara, algunas personas comenzaron a cantar alabanzas por la sangre del Cordero. Volví a sentarme, y un hermano se llegó a mí y me abrazó. Podía sentir el calor de su mano cuando me dijo: — ¡Hermano, esto es victorial!

¿La Hermandad consiste en esto? me pregunté a mí mismo. *Estos hermanos casi no se fijaron en mi pecado.*

Más tarde, uno de los fundadores, llamado Mondo, me explicó: — Lo que escuchamos no es tu pecado, sino la obra de Dios en tu vida. Escuchamos tu testimonio del poder de Dios para romper las cadenas del pecado, por-

que sabemos que por nosotros mismos, jamás podríamos ir donde un hermano y confesarle: "Me he comportado neciamente; perdóname." Esto sólo ocurre cuando la gracia toma el mando en nuestras vidas, y desplaza al egoísmo a un escondrijo.

Mondo continuó explicando el poder del Espíritu que se desata con el arrepentimiento. Cuando hay arrepentimiento, el orgullo cede y en su lugar aparecen la convicción, la confesión y finalmente el perdón.

— Recuerda Santiago 5:16: "Confesaos vuestras ofensas unos a otros, y orad unos por otros, para que seáis sanados." No es el hombre que tiene una exégesis correcta de este versículo el que tiene la verdad, sino el hombre que confiesa su pecado a su prójimo.

Cada vez que me encontraba con Mondo, me saludaba con un reto en tres preguntas:

- ¿Estás arrepentido?
- ¿Estás caminando en la luz?
- ¿Estás quebrantado?

Sus preguntas llevaban la intención de ser una llamada de atención hacia el tipo de fraternidad que yo tenía con los cristianos con quienes estaba trabajando en la misión. El sospechaba que estábamos utilizando el proyecto de la misión para evitar la verdadera obra de Dios en nuestra vida.

Mondo fue la persona que me enseñó que caminar en la luz significa compartir completamente mis secretos con mi hermano. Me recordó las palabras de Cristo a sus discípulos: "Ya no os llamaré siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su señor, pero os he llamado amigos, porque todas las cosas que oí de mi Padre os las he dado a conocer" (Juan 15:15).

— Cuando compartimos nuestros secretos — me decía Mondo —, entonces existe una identificación total con nuestro hermano. Tenemos un vínculo recíproco. No hay lugar para el chisme. No es necesario hablar

nada en secreto, que no esté ya en la luz. El chisme se convierte en un esfuerzo por encontrar soluciones juntos. En lugar de especializarnos en las debilidades de un hermano, podemos defenderlo en los aspectos en que es débil, y estimularlo en aquellos donde es fuerte.

— Debemos hacernos *okumenyeka*. Debemos ser "quebrantados" de la misma manera en que Jesús fue quebrantado por el mundo. Estar quebrantado es no tener orgullo, pues donde hay orgullo no existen la confesión ni el perdón. El realmente quebrantado es aquel que es quebrantado para sanar una relación quebrantada. Es aquel que está dispuesto a "ceder"; aquel que no encuentra su identidad en estar siempre en lo cierto.

Un día un hermano de la Hermandad de Avivamiento se acercó a mí y leyó en su Biblia:

"Y tomando los cinco panes y los dos pescados, levantando los ojos al cielo, los bendijo, y los partió, y dio a sus discípulos para que los pusiesen delante de la gente" (Lucas 9:16).

El hermano me miró severamente y me dijo: — Hasta que Dios no quebrante su voluntad, nunca lo usará. Permanecerá sólo como una hogaza de pan. — Me explicó que a menos que fuera quebrantado, sería demasiado orgulloso para perder mi vida por los pecadores. Sería muy orgulloso para dar mi vida por personas que no fueran perfectas. Esperaría por la persona perfecta y por la comunidad perfecta y jamás las hallaría. Terminaría como Judas, haciendo sólo una entrega parcial al cuerpo de creyentes a quienes pertenecía, y hallando mi identidad en mi rebelión contra ellos.

El hermano me exhortó a seguir el ejemplo de Jesús, quien permitió que su cuerpo fuera quebrantado aun cuando nosotros eramos pecadores. — Nuestro compromiso el uno con el otro no puede ser menor que el de

El — continuó diciendo —; debemos decirnos unos a otros: "Este es mi cuerpo que está siendo partido por ustedes. Estoy entregando todos mis conocimientos profesionales y recursos económicos a su disposición. Tómenlos y dispongan de ellos como bien les parezca."

Al pasar el tiempo pude entender lo que Mondo me estaba diciendo. Si estaba asistiendo a un estudio bíblico y repudiaba a mi hermano, no estaba arrepentido. Si asistía a la iglesia y mantenía a un hermano a distancia, no estaba caminando en la luz. Si no estaba dispuesto a vivir una vida transparente, quebrantada delante de mis hermanos, nuestras reuniones sólo eran otra forma de alienación: eran falsificaciones religiosas.

Estábamos ya en 1971, y habían transcurrido diez años desde que aprendí estas verdades de Mondo. La mayoría de los líderes originales de la Hermandad de Avivamiento habían muerto. La Hermandad de Avivamiento ya no estaba quebrantada por el arrepentimiento, sino por la disensión. Sus miembros se habían separado en dos grupos, a saber: los "avivados" y los "no avivados". Los "avivados" eran extremadamente legalistas, y los "no avivados" eran más progresistas en aspectos sociales. Existía una oposición tan amarga entre ellos, que sus actitudes abusivas llegaron a aparecer en reportajes de la prensa nacional.

Un día del mes de septiembre, cuando mi corazón estaba cargado con las luchas de la Iglesia, recibí en mi hogar la visita de Katongole Sabaganzi. Katongole era un hombre distinguido, calvo y de facciones principescas. Había sido el consejero privado del último rey de Baganda y era un crítico acérrimo de la occidentalización de la cultura de Uganda. Aquel día, Katongole vestía la larga túnica blanca tradicional de los ugandeses, y hablamos varias horas acerca de la crisis presente de la Iglesia de Uganda. Mientras más hablábamos, más se airaba Katongole. Finalmente, no pudo contenerse más.

Se levantó de la silla, y con gran sabiduría, pronunció un discurso apasionado:

— La Iglesia ha cometido muchos errores — dijo Katongole, pronunciando cada palabra con calma —. Hemos tenido independencia política por diez años, y sin embargo la Iglesia aún no está libre. Pero si después de estar escuchando el Evangelio durante años, aún estamos criticando a aquellos que trajeron el mensaje, ése es el error mayor. No es culpa del letrado indicador si el viajero se sienta debajo de él. No es culpa de los occidentales si los ugandeses no llevan su Iglesia a donde necesita ir. Es hora de que tomemos la responsabilidad por nuestra propia casa.

Katongole respiró profundamente y continuó hablando: — Somos como Samuel y Elí en la Biblia. Durante toda su vida, Samuel trabajó en el templo, y durante toda su vida, Elí estuvo entre él y Dios. Cuando Samuel creció, Dios lo llamó. Pero Samuel fue donde Elí. El sabía que Elí era el siervo de Dios "por profesión". Sabía que Elí era el hombre que tenía la visión. Samuel no podía creer que Dios quisiera hablarle a solas.

— Los cristianos de Uganda actuamos de la misma manera. Dios nos ha llamado a sí, pero nuestros ojos han sido desviados hacia el Occidente. En vez de escuchar el mensaje de Dios dirigido a nosotros como africanos, tenemos un Evangelio adaptado a una cultura ajena. No podemos creer que Dios quiera hablarnos en nuestro propio lenguaje. ¡No podemos creer que Dios nos quiera hablar a solas!

Las palabras de Katongole fueron de mucha inspiración. Con frecuencia, había pensado en las tensiones culturales de la Iglesia de Uganda. Ahora, parecía que el tiempo de pensar había llegado a su fin. Katongole lo había dicho: no era momento para estar sentado. Era momento de actuar.

Esa noche, mientras los pensamientos que Katongole

y yo habíamos compartido estaban aún frescos en mi mente, me senté al escritorio y escribí un extenso ensayo. Al poco tiempo, el ensayo fue publicado en forma de panfleto por la Prensa de la Universidad de Makerere. Tuvo mucha circulación entre las personas instruidas, y muchos hombres y mujeres comenzaron a unirse a nuestro círculo de estudios bíblicos para estudiantes. Del grupo de estudios bíblicos nació un grupo de oración al cual asistían no sólo estudiantes, sino profesores, enfermeras, predicadores, hombres de negocios y oficinistas. Nos reuníamos una vez por semana en el hogar de mi amigo Adoniya Kirinda, y mientras orábamos y cantábamos, le pedíamos a Dios que trajera salvación a su pueblo. Eramos de diversos campos misioneros; algunos eran anglicanos, otros bautistas o pentecostales y algunos eran católicos. A pesar de nuestras diferencias, teníamos esto en común: todos habíamos experimentado un nuevo nacimiento en Cristo y teníamos un deseo ardiente por el evangelismo. Queríamos alcanzar a nuestra comunidad con las buenas nuevas del Evangelio. Queríamos decirles a nuestros compatriotas de Uganda que no les era necesario abandonar su identidad cultural para ser cristianos. No tenían que abandonar sus aldeas, sus clanes ni su música. Dios les iba a hablar como africanos que eran.

Hicimos planes para convertir la ciudad de Kampala, pero descubrimos que éramos nosotros mismos los que necesitábamos convertirnos. Antes de que pudiéramos ser luces en nuestra comunidad, era necesario que fuéramos luces los unos para con los otros. Casi todos habíamos intentado de diversas maneras ser evangelistas por nuestra propia cuenta. La encomienda misionera que escuchamos cuando éramos recién convertidos había enfatizado el "id" y no el "amad". Había sido el ministerio, y no los hermanos, lo que había tenido mayor importancia. Como resultado de ello, habíamos llegado

a amar nuestros sermones más que a la gente a la que le predicábamos. Habíamos llegado a amar a los convertidos sin rostro del evangelismo en masa, más que a nuestros hermanos y hermanas en Cristo.

Ahora, a medida que el Espíritu Santo comenzaba a unir nuestros corazones, pudimos ver que antes de la Gran Comisión había un mandamiento: "Amaos unos a otros." Debíamos confesar y rechazar nuestras diferencias. En el pasado nos habíamos detenido especialmente en las diferencias: los anglicanos no saludaban a los bautistas, y cuando un pentecostal se encontraba con un católico, no lo trataba fraternalmente. Pero ahora, oíamos el llamado de Dios a vivir una vida quebrantada, los unos ante los otros. No debíamos edificar nuestra hermandad sobre el fundamento del tipo de bautismo, las lenguas o la liturgia a seguir. Debíamos edificar más bien sobre la sangre reconciliadora de Jesucristo.

La primera etapa de nuestro fervor evangelístico terminó en la experiencia humillante de la confesión diaria. Nos confesábamos unos a otros nuestras envidias personales y esfuerzos competitivos. Confesábamos los resentimientos pecaminosos que había en nuestro corazón. Así aprendimos que las relaciones interrumpidas eran veneno y que la Biblia no hacía excepciones en ellas: tanto el ofensor como el ofendido eran culpables por igual ante Dios. Debíamos buscar a los que pensábamos que tenían algo en contra de nosotros. Si alguien nos había hecho daño, teníamos la obligación de comprenderlo. Si se arrepentía, teníamos la obligación de perdonarlo.

Una noche, al final de una larga reunión de oración, un anciano evangelista de la Hermandad de Avivamiento se acercó para hablar conmigo. Era un hombre alto y delgado de la tribu *banyankole*, del occidente del país. Había sido evangelista por muchos años. Comenzó a

hablar de una manera sumamente seria, diciéndome: —Kefa, tengo algo que decirle. Lo he escuchado orando, y sus oraciones no son como deben ser. Usted ora para satisfacer sus propios deseos. Gira alrededor de sus necesidades o las necesidades de los hermanos, pero no gira alrededor de Cristo.

Tomé a ofensa estas fuertes palabras del evangelista, y traté de explicarle la motivación de mis oraciones: —Cristo es el centro de nuestras necesidades —le expliqué—: Dios nos ha mandado a llevarle todas nuestras cargas a El.

El evangelista movió la cabeza de forma negativa y me contestó: —Cristo es el centro de nuestras necesidades, pero primero es el centro de nuestra vida. Antes de orar respecto a nuestros deseos, debemos entender los deseos de Dios, y dejar que sean éstos los que formen los nuestros. De lo contrario, sólo oramos para fortalecer nuestro egoísmo.

El mensaje que traía este hermano era duro de escuchar, pero a medida que fui entendiendo su significado, me fui uniendo a mis hermanos y hermanas en esta nueva disciplina de oración. Juntos tomamos la decisión de hacer que Cristo fuera el principio y el fin de todas nuestras esperanzas. Tomamos la decisión de no tener esperanza alguna fuera de aquella que se derivaba de las Escrituras. Aprendimos que la oración no era una plataforma de expresión para el "yo", sino un proceso de vaciamiento de ese mismo "yo".

A medida que nos humillábamos delante de Dios, y buscamos que sus deseos fueran los nuestros, los lazos de amor que crecían entre nosotros se esparcían hacia nuestras familias y nuestros amigos. Aprendimos a compartir el Evangelio dentro del contexto de nuestras ocupaciones y nuestra cultura. Comenzamos a entender que el evangelismo no era un programa o un método, sino un estilo de vida de sumisión y servicio a los demás.

Cada vez eran más las personas que se unían a nuestra hermandad. Para fines de 1971, nuestros estudios bíblicos y grupo de vigilias de oración habían crecido demasiado para acomodarnos en una sola casa. Nos mudamos a la Asociación de Jóvenes Cristianos y comenzamos a reunirnos los domingos por la tarde para los cultos de adoración. Compartí las responsabilidades de predicación con un ministro de Ghana, y a través de los esfuerzos de un cuerpo de jóvenes fervorosos, el número de personas que asistían a nuestros servicios del domingo aumentó en gran manera. En mayo de 1972 nos vimos obligados a reunirnos al aire libre en los extensos terrenos de un miembro pudiente de nuestra congregación. En junio éramos más de cuatro mil, y un consejo de treinta y cinco ancianos dirigía los asuntos de nuestra nueva iglesia, la Iglesia Redimida de Uganda.

Este crecimiento repentino nos dio un profundo sentido de esperanza y optimismo para el futuro. Ansiábamos el día en que llegara un avivamiento a Kampala. Sólo en una ocasión nuestro entusiasmo se vio atemperado. Al final de una reunión especial un viernes, después de haber pasado la noche entera en confesión personal de pecados, un hermano de la Hermandad de Avivamiento se puso de pie y pronunció la siguiente advertencia:

— Hermanos y hermanas, me temo que haya demasiado quebrantamiento aquí. Estamos caminando demasiado en la luz. Debemos recordar que el diablo no va a soportar esto.

Permaneció en silencio por un momento. Entonces, temblando, dijo estas palabras: — Es temible ser hijo de Dios.

¹ John Taylor, *The Growth of the Church in Baganda* ("El crecimiento de la iglesia en Baganda), Londres, SCM Press, Ltd., 1958.

¡Llévenos también!

El 4 de agosto de 1972, Idi Amín, ante unos soldados que estaban estacionados en la frontera oriental de Uganda, anunció la expulsión de la población asiática de Uganda. Explicó que Dios le había hablado en un sueño, indicándole que actuara de inmediato para "ganar la guerra económica". A los asiáticos, quienes eran la comunidad de clase media alta de comerciantes y técnicos, se les dio un plazo de noventa días para salir del país.

Dos días después del sorprendente anuncio, fui a visitar a la familia de Martin Okelo con un anciano de la iglesia. Martin Okelo era un ugandés distinguido de la tribu *langi*, exmiembro del parlamento nacional. El y su familia habían asistido el domingo anterior a nuestro culto de adoración por primera vez. Al terminar el servicio, Okelo, su esposa y sus dos hijos, se acercaron para presentarse. El mostró profundo interés en el mensaje de Jesucristo y me invitó a su hogar para una conversación más detenida con los demás miembros de su familia.

La familia Okelo vivía en una enorme mansión de paredes recubiertas de estuco blanco en Nakasero Hill. Llegamos a su hogar durante el atardecer, en los momentos en que el sol se ponía sobre el valle. Había un flamboyán en flor cerca del portón principal y una valla de hibiscos circundaba los jardines bien cuidados de su inmenso patio. Una aristocrática riqueza permeaba todo

el ambiente. Al acercarnos a la puerta principal comencé a preguntarme si estaría vestido adecuadamente y traté de pensar en cómo abriría mi mensaje.

La puerta estaba entreabierta. Tocamos y entramos. Debajo de nuestros pies había una hermosa alfombra de color verde claro. Una piel de cebra colgaba en el pasillo y a través de la puerta de la sala de espera, logré ver unos *batiks* coloridos y unos costosos muebles europeos.

Esperamos a nuestro anfitrión por varios minutos. Nadie salió a recibirnos. Cuando saludamos en voz alta, sólo respondió el silencio. Comencé a pensar que nos habíamos equivocado de casa y me dirigí a mi amigo, sugiriéndole que nos fuéramos. En ese mismo momento apareció un niño en el umbral de la sala de espera. Se quedó de pie, rígido, con los brazos levantados hacia arriba.

Aun a la media luz del pasillo, reconocí que era el hijo menor de Okelo. Me fui acercando a él, movido de una manera extraña por su aspecto misterioso, y quedé profundamente perplejo. El comenzó a llorar y trató de hablar, pero sus palabras se perdieron en un sollozo. Antes de que pudiera llegar a él, cayó al suelo, rígido por completo.

Me doblé para recoger al niño. Al hacerlo, miré más allá, hacia el interior de la sala de espera. Un escalofrío penetró en mi cuerpo. Las cortinas estaban abiertas y el sol alumbraba una alfombra llena de sangre. Había restos humanos esparcidos por toda la habitación.

Sin detenerme a pensar, recogí al niño del suelo, y junto con el anciano, salimos corriendo de la casa temblando y estremeciéndonos. La corta distancia que había hasta nuestro estacionamiento nos pareció como si fueran muchas millas, y a cada sonido que escuchaba, me consideraba hombre muerto. Por fin llegamos al auto y acosté al niño en el asiento trasero. El anciano y yo ocupamos los asientos delanteros con profundo

temor, y nos marchamos con rapidez hacia mi hogar. Durante todo el viaje, el niño permaneció inmóvil, con los brazos rígidos y extendidos por encima de la cabeza.

Cuando llegamos a la casa, lo coloqué en el sofá y me quedé mirando su cuerpo paralizado con una sensación de inutilidad. Sus manos estaban frías, y sus ojos, fijos hacia el frente, miraban al vacío. Más tarde pude enterarme de que era el único sobreviviente de una pesadilla de muerte. Los soldados de Idi Amín habían llegado a su casa a altas horas de la noche. Ultrajaron a su madre y torturaron a cada miembro de la familia hasta la muerte. De alguna manera, el jovencito Okelo, de doce años, pudo escapar de su atención. Cuando la masacre hubo terminado y los soldados se marcharon, se arrastró hasta debajo de su cama. Permaneció allí por más de un día, con la mente vacía y el cuerpo paralizado. No pudo moverse hasta el momento en que oyó nuestras voces en el pasillo.

Ahora, su cuerpo estaba rígido de nuevo, y tenía la mente cerrada por completo a todo contacto humano. Traté de consolarlo, pero no había manera de lograrlo ni con palabras ni con gestos. No había señal de vida en sus ojos.

Frustrado por completo, tomé mi Biblia y comencé a leer en voz alta. Leí un capítulo tras otro. Leí sobre el Cristo que prometió velar por sus hijos aun más allá de la muerte. Leí sobre el Redentor que declaró que las palabras que salían de su boca eran espíritu y vida. No encontré las palabras correctas. No podía hacer interpretaciones. No tenía nada que decir a la pequeña alma destrozada que yacía frente a mí. No pensé que las verdades en las cuales meditaba cada mañana podían alcanzar sus sordos oídos.

Cuando levanté mi vista de la lectura, Okelo estaba bajando sus brazos. Tenía lágrimas en los ojos, pero más allá de las lágrimas, había vida y esperanza. Cambió

de nuevo su mirada, respiró profundamente y cerró los ojos.

Tomé la mano de Okelo en la mía y oré a Dios, dándole gracias por su divina providencia. Confesé mi propio asombro. Sabía que el niño había reaccionado a pesar de mi incredulidad; a pesar de mi escepticismo, el Espíritu de Dios vino sobre nosotros. Ahora, quería gritar como Pedro: "Apártate de mí, Señor, porque soy hombre pecador" (Lucas 5:8).

La sanidad de Okelo fue completa. Aquella misma noche lo conduje al Hogar Kijomanyi y fue admitido bajo la tutela de la fundación. Cuando lo volví a ver al día siguiente estaba jugando balompié en el patio, corriendo y gritando con los demás niños. Hizo muchas amistades y en poco tiempo se adaptó a las circunstancias comunes más humildes de su nueva vida.

Okelo fue el primero de los muchos niños que llegaron al Hogar Kijomanyi como resultado de las brutales matanzas de los soldados de Amín. En los meses siguientes al asesinato de la familia Okelo, Amín convirtió a miles de niños ugandeses en huérfanos. Pronto hubo decenas de niños y niñas en cada pueblo y aldea que habían presenciado la horrorosa muerte de sus padres en medio de bestiales torturas. Mientras viajaba a través del sur de Uganda recogiendo niños para el hogar, escuché muchas historias horribles. Llegué al convencimiento de que el régimen de Idi Amín no era sólo tiránico, sino también diabólico.

Un día, a fines de 1972, conduje mi auto hasta una aldea grande situada en las afueras de Kampala, para recoger una niña llamada Florence, de diez años de edad, cuyos padres habían muerto hacía varios años. Ahora vivía con sus tutores en la ladera de una colina en una pequeña casucha de lodo mal techada. Al lado de la casucha había un pequeño huerto de maíz y batatas, pero el terreno era malo y la cosecha se había marchita-

do. La familia no poseía estufa, y unas cuantas piedras amontonadas en el patio sostenían su única cacerola.

Florence y su tutora estaban de pie fuera de la casucha, y me saludaron con cortesía. La niña sólo vestía una pequeña bata sucia. Su tutora vestía una falda tan sucia y manchada, que no se podía distinguir su color original. Conversamos por varios minutos. Durante este tiempo fuimos rodeados por una pequeña multitud de niños bien vestidos. Me sorprendí de verlos en ese ambiente tan pobre. La tutora me explicó que eran niños de familias prominentes, cuyos padres habían sido asesinados por los soldados de Idi Amín.

Mientras ella hablaba, un jovencito dio un paso al frente para confirmar sus palabras. Contó cómo él y sus hermanos y hermanas habían visto morir a sus padres. — Los soldados vinieron a medianoche e hicieron que todos saliéramos de la cama. Nos empujaron hasta la sala. Entonces agarraron a mi padre y lo abrieron de arriba abajo con sus bayonetas. Le dieron sus entrañas a mi madre y se rieron de ella cuando no se las quiso comer. Así que le dieron patadas y la estrangularon, hasta que murió.

El niño contó esta historia sin emoción, en la manera bien articulada de los niños criados en hogares cultos. No pude comprender la situación que describía, pero me sentí conmovido hasta las lágrimas. Me preguntaba qué sería de él y de toda la herida generación que era el futuro de Uganda.

Luego de despedirme de su tutora, Florence me siguió y nos marchamos. Al dar la vuelta para colocarla en el asiento delantero del auto, los otros niños se metieron y la rodearon. Tuve que sacarlos uno por uno, y mientras lo hacía, cada uno me suplicaba lleno de desesperación: — ¡Llévenos! ¡Llévenos también!

Intenté explicarles que no había suficiente espacio en el hogar, que cada niño tenía que ser escogido por un

comité, pero sólo me miraban con un rostro carente de expresión. Me di cuenta de que ellos pensaban que yo mentía. Estaban convencidos de que podía llevármelos a todos si quería.

Al tomar mi asiento, hice la promesa de recordarlos, pero las palabras sonaron huecas aun a mis propios oídos. Al marcharme, los niños persiguieron el auto, y yo podía verlos por el espejo, corriendo en medio del polvo. Finalmente, uno a uno se fueron rindiendo, exhaustos.

Fue en ese momento cuando sentí el profundo dolor que había estado creciendo en mi corazón. *Oh, Señor, clamé silenciosamente, ¿dónde está tu piedad para con estos niños? ¿Por qué estoy llevándome a una sola cuando hay diez más? ¿Por qué no me das la oportunidad de salvarlos a todos?*

Me sentí desesperado y maltratado, y cambié mi mirada hacia Florence. Ella se enderezó la bata. Desde la muerte de sus padres sólo había conocido privaciones. Sus tutores eran paupérrimos y la estaban utilizando como obrera esclava; nunca había tenido suficiente para comer. Ahora, su rostro brillaba lleno de esperanza.

Miré a Florence fijamente, y en el profundo silencio de mi frustración, escuché la firme voz de Jesús: — Kefa, tú no eres el Mesías. No estás a cargo de mi viña. Sólo eres un pequeño trabajador, y ésta es la labor que te he encargado. Esta es la niña que quiero que te lleves.

En este humillante servicio de recoger niños huérfanos, Dios me mostró mis verdaderas posibilidades. La necesidad era mucho mayor que todos mis recursos, y me aterrizaba ante mis limitaciones a la luz de tal magnitud de maldad. Me sentí inútil en el reino de Dios, pero en este quebrantamiento aprendí que no era yo el suficiente, sino Dios. El era quien me había dado la visión, y sería El quien me daría capacidad para realizarla. Desde el principio hasta el fin, la obra era de Dios.

~ 5 ~

¡Joe el bromista está aquí!

En septiembre de 1972 una pequeña banda de exiliados ugandeses intentó derrocar al gobierno de Idi Amín. Mayormente eran soldados de las tribus *acholi* y *langi* que habían huido de Uganda con Obote en 1971, y cruzaron la frontera con menos de mil quinientos hombres. Cuando se movieron hacia el norte, rumbo a Kampala, fueron decisivamente derrotados en una batalla de tres horas en el cuartel de Mbarara. Al día siguiente, a través de radio Uganda, Amín anunció la defensa exitosa de su ejército contra la "Invasión de septiembre". Informó que la lucha había sido reñida, pero las tropas "procedentes de Tanzania, Gran Bretaña e Israel" habían sido vencidas y empujadas más allá de la frontera de Uganda.

La Invasión de septiembre proveyó de una excusa a Amín para comenzar una nueva ola de matanzas. El día 21 de septiembre, unos soldados armados entraron por la fuerza en la cámara del presidente del Tribunal de Justicia de Uganda y, después de humillarlo frente al tribunal, se lo llevaron, arrastrándolo a punta de pistola. Fue llevado a la prisión militar de Makindye, donde le cercenaron los oídos, la nariz, los labios y las partes íntimas. Después de dos horas de sufrimiento, le sacaron los intestinos y quemaron el resto de su cuerpo.

Una semana después de la muerte del presidente del

Tribunal de Justicia, una visita inesperada llegó al servicio matutino de la Iglesia Redimida.

Acababa de terminar la predicación cuando un amigo se me acercó con la noticia. — ¡Joseph Kiwanuka está aquí! — Dijo en un susurro emocionado. ¡Quiere verte! — Antes de que pudiera responder, me había tomado por el brazo y me estaba conduciendo a través de la multitud hacia donde estaba parado Kiwanuka.

Joseph Kiwanuka — mejor conocido como “Joe el bromista” — era uno de los ciudadanos más influyentes y adinerados de Uganda, un hombre terco y de fuerte voluntad. Era dueño de una gran empresa de ventas al por mayor en Kampala, y dueño y director del equipo Express, campeón de balompié de la nación. Paseaba por las calles de Kampala guiando un lujoso auto rojo de fabricación norteamericana, tenía un comportamiento impredecible, y el hecho de que hacía caso omiso a la opinión pública lo había convertido en una leyenda, aun para sus amigos más cercanos. Lo llamaban por el apodo de *Namawatulira*, “Yo se lo diré”, porque era un hombre que no conocía el lenguaje moderado. Si pensaba que alguien era un tonto, se lo decía abiertamente, utilizando el vocabulario más franco. En más de una ocasión, mientras veía a su equipo compitiendo, salía corriendo al terreno, detenía el juego y mediante una andanada de palabras y de maltratos verbales, forzaba al árbitro a cambiar su decisión.

De la misma manera franca, Kiwanuka había hecho notoria en toda Uganda su opinión acerca de la religión. Era ateo y humanista y consideraba que la religión, tanto la tribal como la occidental, era una herramienta política inhumana por medio de la cual los poderosos oprimían a los indefensos y les robaban su libertad. Una vez, durante un reñido juego entre su propio equipo y el de una escuela católica, le dio una bofetada a un sacerdote del equipo contrario. Más tarde, cuando los reporteros le

preguntaron por qué había golpeado al hombre, Kiwanuka se negó a contestar; sólo dijo: — No hay Dios — y se marchó.

Ahora, al ver a Kiwanuka parado solo, a la orilla de los terrenos de la iglesia, me sentí un poco atemorizado. Era un hombre enorme, que medía casi dos metros, y era muy pesado. Se dividía el cabello al medio, costumbre que él había introducido en Kampala (y que el mismo expresidente Obote había imitado), y su aspecto general era de distinción y arrogancia.

Lo saludé de manera formal, pero ni siquiera se dignó darme la mano.

— *Owanga* — dijo de repente, hablando en el lenguaje de nuestra tribu, los *baganda* —. Sabe lo que está ocurriendo. ¿Qué dice al respecto?

Yo sabía que se refería a la creciente brutalidad de Amín y sus soldados, pero antes de que pudiera contestarle, habló de nuevo.

— ¿Cuál es su punto de vista? — preguntó con la misma intensidad —. ¿Cree que Dios sabe lo que está ocurriendo? ¿Cree que nos va a ayudar?

Me dije a mí mismo, muy conmovido: *Este no es Joe Kiwanuka, el bromista. Este hombre está derrotado y desesperado.* Pero mis sospechas contra él como ateo y blasfemo estaban bien arraigadas en mi corazón, y le contesté con las palabras más cautelosas de nuestro idioma: — Si así El lo desea... — respondí.

Kiwanuka permaneció callado. Me miró fijamente por un momento y se fue caminando. Era una figura remota y solitaria. Quise correr tras él y decirle algo sustancial, pero no había palabras en mi mente. Cuando desapareció en la multitud, me volví para saludar a las otras visitas y a los miembros de la congregación.

Durante la siguiente semana, pensé muchas veces en Kiwanuka. Recordaba la corta conversación que sostuvimos y me preguntaba por qué había ido a la iglesia. El

Kiwanuka que vi ese domingo por la mañana no guardaba semejanza alguna con el orador arrogante, seguro de sí mismo, que había escuchado y visto decenas de veces en programas de radio y televisión. ¿Qué había ocurrido para transformar al ciudadano más distinguido de Kampala en un hombre tan desesperado y perturbado?

La primera vez que escuché a Kiwanuka hablar en público fue durante mi primer año en Inglaterra, siendo estudiante de la Real Universidad de Arte. Era durante el mes de noviembre de 1969, y Kiwanuka había venido a Londres para el entierro de Mutesa II, el último rey *baganda*. Los *baganda*, tribu del sur de Uganda a la cual Kiwanuka y yo pertenecíamos, eran los enemigos tradicionales de la tribu del presidente Milton Obote, los *langi*, del norte. El rey Mutesa fue el opositor más abierto y mordaz de Obote, y en 1966, luego de un ataque a su palacio en el cual murieron muchos *baganda*, se vio obligado a huir a Inglaterra. Pasó sus últimos años en Londres, donde vivió hasta principios del invierno de 1969.

El servicio en memoria del rey Mutesa, al cual yo asistí, estaba lleno de espías de la extensa red internacional de espías de Obote. La presencia de estos informadores obligaba a cada uno de los oradores a escoger sus palabras cuidadosamente y, uno a uno, insistían en disociarse de la política del rey. En ese ambiente de tensión y diplomacia, Joseph "Joe Kiwanuka" el bromista se puso de pie con el propósito de hablar. Por ser fundador del Congreso Nacional de Uganda, y miembro del parlamento, impuso respeto de inmediato. Vestido con un traje gris de corte sobrio, miró por toda la habitación con una mirada serena y confiada. Entonces, en voz alta, se dirigió a los agentes de Obote:

—Ustedes, espías, yo sé que están aquí —dijo despectivamente—. No me importa. Si hay algo de lo

que yo diga que ustedes quieran que Obote escuche, díganmelo primero. Los llevaré al aeropuerto para pagarles el pasaje hasta su casa.

La concurrencia estaba en silencio absoluto. Kiwanuka miró severamente a todas las personas de quienes sospechaba que pudieran ser espías, y luego continuó:

—Ustedes, los espías, están aquí —continuó en voz mucho más baja—, porque nosotros, los de raza negra, no hemos aprendido a amarnos a nosotros mismos. He viajado por todo el mundo. He visitado América, Australia, Europa y Asia. En todas partes, la gente de raza negra vive en las condiciones más miserables. Vivimos en las cloacas de la sociedad. Les aseguro que estamos solos. No existe nadie que se preocupe por nosotros. No seremos amados hasta que aprendamos a amarnos a nosotros mismos.

Kiwanuka continuó su plática haciendo elogios del rey Mutesa y luego se sentó. Fueron muy pocas las personas que se acercaron a él para estrecharle la mano, y se marchó de la reunión solo. Varias semanas más tarde llegó a Londres la noticia de que Joseph Kiwanuka había sido arrestado y puesto en prisión sin juicio previo.

La siguiente vez que vi a Kiwanuka fue en el mes de marzo de 1971, en un noticiero que fue pasado en Holanda al poco tiempo de la toma del poder por Amín. La película fue tomada en la prisión de Luzira, el día en que Amín liberó a los prisioneros de Obote. Las calles rebosaban con miles de personas que se reunieron para celebrar la liberación, y el primer hombre en salir del portón de la prisión fue Joseph Kiwanuka. Levantó su brazo en un saludo lleno de júbilo, y la multitud lo recibió con una gran aclamación.

No supe nada más acerca de Kiwanuka hasta el día en que visitó la Iglesia Redimida. Al ponerme de pie al siguiente domingo después de su visita, miré por toda la congregación esperando verlo allí, pero no estaba.

Hasta principios de noviembre no volvió a la iglesia por segunda vez. Entonces, después del servicio, hablamos de nuevo. Con la misma seriedad, Kiwanuka repitió sus preguntas: — ¿Cuál es su punto de vista? ¿Hay un Dios? ¿Sabe El lo que está ocurriendo?

— Dios está presente — le respondí, olvidándome de mis temores y sospechas —. ¿Ha pensado que debemos entregárnos por completo a El?

— Lo he considerado — dijo Kiwanuka con una voz llena de angustia —. ¿Qué hay que hacer?

Caminamos juntos hasta una pequeña casa situada en las orillas de los terrenos, y allí oramos, pidiéndole a Dios que se revelara a sí mismo. Cuando terminamos, Kiwanuka estaba llorando. Sabía que alguna tensión desesperante se había apoderado de su vida, y lo profundo de su angustia hizo que mi propio corazón gimiera. Más tarde me enteré de que había sido testigo involuntario de la terrible muerte del presidente del Tribunal de Justicia, un hombre a quien él estimaba profundamente. En ese momento, cuando Kiwanuka se detuvo junto a los restos mutilados de su amigo, quedaron destruidos los fundamentos de su vida. El presidente del Tribunal de Justicia había trabajado junto con él durante más de veinte años, sacrificándose para hacer que Uganda fuera un país poderoso y libre. Ahora le parecía que las vidas de ambos se habían reducido a la nada.

Cuando Kiwanuka terminó de llorar, permaneció en silencio por un momento. Entonces se dirigió a mí con el rostro serio, pero más reposado, y me dijo: — Así que en realidad existe un Reino.

Eran unas palabras extrañas, y no las comprendí a cabalidad. Pero lo que sí comprendí era que Kiwanuka había recibido una nueva vida, y al darnos un abrazo, el poder de Dios en su vida trajo nueva fuerza y valentía a la mía.

Dos semanas más tarde, al final de nuestro culto del domingo, Joseph Kiwanuka se puso de pie delante de la congregación de la Iglesia Redimida y habló de la gracia de Dios.

— Desde el principio — dijo con voz fuerte y poderosa — he estado buscando un reino. He estado buscando un reino de libertad. Creía en la bondad innata del hombre, y creía que los seres humanos aprenderían a amarse unos a otros. Ahora les puedo decir que no existe el hombre bueno. Si Dios nos dejara en nuestro estado natural, comeríamos hierba como las cabras.

Kiwanuka continuó, y su voz llenaba todo el lugar: — ¡Pero Dios no nos ha dejado! — exclamó —. El ha hecho para nosotros el reino que no podemos construir solos. Nos ha rescatado de nuestra propia corrupción y crueldad. Las cadenas de la maldad han sido rotas. ¡Soy yo, Joseph Kiwanuka, el que está hablándoles, y sé lo que digo! He conocido al hombre de la libertad, a Jesucristo. Mis pecados han sido perdonados. Estoy ante ustedes como un miembro nuevo del Reino de Dios.

La confesión pública de Kiwanuka acerca de su fe en Jesucristo fue algo muy sorprendente. En los días siguientes al servicio, la ciudad entera de Kampala vibraba ante la noticia. — ¿Han oído? ¡Joe el bromista se ha convertido en Aleluya! — La historia se repetía con escepticismo y entre carcajadas. Kiwanuka había sido demasiado notorio, y su punto de vista acerca de la religión era demasiado franco para que la gente creyera en su conversión fácilmente. Aun dentro de la iglesia misma, algunos miembros lo veían con cinismo. En más de una ocasión, me advirtieron que fuera cauteloso. Se decía que Kiwanuka estaba utilizando su identificación con la iglesia para perpetrar sus aspiraciones políticas.

Kiwanuka estaba consciente de las críticas, pero las

60 *Una angustia lejana*

ignoraba. Continuó hablando acerca de su nueva vida en Cristo, y cientos de personas de toda Uganda comenzaron a asistir a la Iglesia Redimida los domingos por la mañana, sólo para verlo sentado allí. A menudo, Kiwanuka le hablaba a la congregación antes del servicio, y en más de una ocasión comenzaba su charla con comentarios en los que hacía referencia a su reputación de ser el ciudadano más famoso y brillante de Uganda.

En una ocasión, mientras hablaba desde el centro de la iglesia, comentó: — Escuchen, soy yo, Joseph Kiwanuka, el que les habla, y soy uno de los hombres más sabios. Si quieren enumerar a los tres hombres más sabios en este país, y no me cuentan a mí, ¿es que no saben contar!

En su vida privada, Kiwanuka era un hombre de profunda devoción. Dedicaba mucho tiempo al ayuno y a la oración, y desde el principio fue un estudiante asiduo de la Biblia. Su madurez y responsabilidad me eran muy evidentes, y en enero de 1973, lo nombré presidente de la junta de la iglesia. Aun entonces, había muchas personas que no estaban convencidas de su sinceridad. En los meses siguientes, en medio de gran sufrimiento y tristeza, fue cuando todos pudimos ver con claridad lo que Dios había hecho en la vida de Joseph Kiwanuka.

~ 6 ~

El trueno en el fuego

Era un fresco domingo del mes de noviembre, poco después de la conversión de Kiwanuka. Caminaba del vestidor al púlpito para comenzar el servicio de la mañana, cuando escuché que alguien me llamaba: — ¡Sebo, Sebo! ¡Reverendo, Reverendo! — La voz se oía emocionada y decidida, y al mirar hacia el lugar de procedencia, vi a una mujer pequeña y delgada, que se abría paso entre el gentío. Con una mano me saludaba frenéticamente, y con la otra aguantaba por el brazo a un jovencito. Ambos rostros brillaban de la emoción. Detrás y muy cerca de ellos, los seguía una mujer baja y bastante obesa, con un rostro malhumorado y sombrío.

— ¡Sebo! — La mujer de rostro alegre jadeaba cuando se me interpuso en el camino hacia el púlpito —. Tengo un asunto de gran importancia que decirle, Sebo.

Pensé: *Y yo tengo que predicar un sermón.* Sin embargo, la mujer siguió adelante aprisa sin permitirme hablar.

— ¡Aquí está mi hijo! — dijo, empujando al jovencito hacia el frente, y presentándolo cortésmente —. Cuando vinimos a su reunión hace dos semanas, su pierna estaba rígida por completo. Nunca había podido caminar. ¡Ahora, mire! — Señaló hacia la pierna del muchacho —. ¡Puede correr!

El niño me miró con timidez, pero su rostro brillaba. Era muy jovencito; no tenía más de doce años de edad, y estaba vestido con una camisa blanca y pantalones

cortos color caqui. Me dio una demostración de que eran ciertas las palabras de su madre, doblando la pierna hacia delante y hacia atrás, y saltando varias veces. Cuando hubo terminado estos sencillos ejercicios, se acercó a mí y se paró a mi lado. Se sonrió conmigo como si fuera su padre, y comencé a sentirme incómodo.

—Lo siento mucho —respondí hablándole a la madre y lanzando una mirada furtiva hacia el púlpito—. Ha habido algún malentendido. Jamás la he visto a usted ni a su hijo.

La mujer movió su cabeza con determinación. —No, no ha habido ningún malentendido. Mi hijo y yo escuchamos su anuncio. ¡Usted es quien lo sanó!

Me quedé boquiabierto. La declaración de la mujer me parecía absurda y estaba perplejo ante su insistencia. ¿Qué deseaba? ¿Qué propósito tendría al contar esta extraña historia en un lugar público? La mujer percibió mi escepticismo, y comenzó una explicación exhaustiva, a la vez que su hijo asentía con la cabeza vigorosamente en apoyo de lo que ella decía.

—Hace dos semanas, mi hijo y yo fuimos a la consulta semanal con nuestra curandera. —La madre se dio vuelta y señaló a la mujer obesa que ahora estaba de pie a su lado—. Esta mujer intentó muchas curas, y hasta pasó a mi hijo por el fuego, pero aún seguía cojo. Ha estado así desde que era un bebé. Cuando dejamos a la curandera, pensaba que mi hijo jamás sanaría, y estaba muy cansada. Llevábamos muchos años haciendo estas consultas. Son muy costosas, y mi esposo no tiene dinero.

—Tomamos un atajo en lugar del camino normal hacia la parada de autobuses, y el muchacho iba cojeando. En ese instante, vimos toda esta gente y la oímos cantando. Cruzamos la calle para ver si era algún festival, pero en el momento preciso en que llegamos,

cesaron los cánticos y todos se quedaron callados. Escuchamos su voz pronunciando una bendición y la gente dijo "Amén". Supe entonces que era una iglesia. Di la vuelta para irme, pero mi hijo me tomó del brazo y comenzó a saltar de alegría y a gritar. Cuando miré su pierna, la estaba moviendo en todas direcciones. ¡Ambos nos sentimos muy emocionados! Al momento hubo una gran conmoción alrededor de nosotros. ¡Desde entonces, hemos estado tratando de hallarlo para contarle esta maravilla, pero la multitud siempre ha sido demasiado grande!

La mujer terminó su historia, y me quedé tan asombrado que se me olvidó la prisa por llegar al púlpito. Traté de explicarle, mientras mantenía mi mirada puesta en la curandera que la acompañaba, que yo no tenía poder mágico alguno. Si su hijo se había sanado mientras yo pronunciaba la bendición, no había sido yo quien lo había sanado, sino Jesucristo.

—Lo que ustedes han presenciado, es el poder del Señor resucitado.

En ese momento, la curandera habló por primera vez. —Eso es lo que yo quiero —dijo, hablando con voz baja pero agresiva—. Yo quiero este poder. ¿Me lo dará? Y antes de que pudiera entender su pregunta, se arrodilló en el piso, a mis pies.

Las personas que estaban a nuestro alrededor nos miraron con asombro. Me di cuenta de que pronto se formaría otra conmoción, pero sentía más temor que vergüenza. Primero, había ocurrido esta sanidad extraña, y ahora había una curandera que quería poder. Me preguntaba quién era, y de dónde había aparecido. ¿No es ésta una mujer con poder sobre los espíritus malignos? ¿No es ésta una mujer que puede sentarse en medio de un fuego?, me pregunté a mí mismo. Mi educación occidental me había enseñado a dudar de la existencia de los demonios y de los poderes de sus

64 *Una angustia lejana*

servidores, pero nunca olvidaré la extraña experiencia que tuve cuando niño en el hogar de una sacerdotisa de un santuario.

En el mes de agosto de 1953, cuando tenía doce años de edad, salí de mi aldea nativa, llamada Banga, y fui a vivir en la aldea de Nantule, a una distancia de cincuenta kilómetros, donde estudié en la Escuela Elemental de Kiyoola. Mi madre siempre tuvo la idea de enviarme a la escuela. Cuando era jovencito, me enseñó un coro que había aprendido de un viajero. Traducido diría así:

Quando te despiertes por la mañana,
antes de irte a trabajar,
primero lee el Libro
que fue escrito por orden de Jesús.
Arrodíllate ante El
en la presencia del Dios vivo
y El te bendecirá
mientras tú se lo cuentas todo.

Acostumbrábamos cantar esta canción juntos, y mi madre, que no sabía leer ni escribir, me hablaba de su secreta ambición.

Me decía con firmeza: — Kefa, cuando seas mayor irás a la escuela. Aprenderás a leer, y conoceremos ese libro cuyo autor es Jesús.

Cuando tenía ocho años de edad, un evangelista visitó el pueblo de Banga. De inmediato me identifiqué con él, y todas las mañanas me levantaba temprano para ayudarle a construir su iglesia de techo de paja. Por las noches, él venía a mi hogar, y mientras mi madre escuchaba con gran emoción, me enseñó el alfabeto y a leer palabras simples. Pero al poco tiempo, las termitas invadieron la iglesia que construimos juntos, y la estructura completa se derrumbó. El evangelista se marchó de nuestra aldea y jamás volvió.

Su partida dejó a mi madre desanimada, pero rehusa-

El trueno en el fuego 65

ba darse por vencida. Comenzó a ahorrar chelines a fin de pagar mis gastos escolares. Debido a que mi padre era agricultor de algodón y café y sólo tenía dinero en su hogar durante unas pocas semanas consecutivas, tardó cuatro años en juntar suficientes chelines para un curso escolar. Fue entonces, a la edad de doce años, cuando me despedí de Banga y de mi niñez.

Mi madre me llevó personalmente a Nantule; viajamos a pie. Era la primera vez que me alejaba del hogar. Mientras íbamos caminando por los pequeños caminos serpenteantes a través de densos follajes y enredaderas trepadoras, mi madre me dio una explicación acerca de los dioses. El dios del bosque no era el mismo que el dios de la pradera; el dios de la pradera no era el mismo que el dios del lago. Además, había muchos otros dioses. Había dioses de los sembrados, de la cosecha y de la prosperidad. Había dioses de los cielos y dioses de la tierra. Cuando tuviera más edad, aprendería sus nombres. Por el presente, bastaba con que aprendiera a servir al Dios vivo; iba rumbo a Nantule para conocer a Jesús.

Cuando llegamos a un río, en un estrechamiento del cauce, cruzamos un pequeño puente de madera. Miré con curiosidad a una persona que se estaba bañando en la parte de abajo.

— Ten cuidado — me advirtió mi madre, empujándome —. Quizá sea *Omusambwa*. ¡Es la diosa del río, y te podría dejar ciego!

Durante el resto del viaje, me quedé callado debido al temor que sentía. No sabía que el mundo estaba tan lleno de dioses.

Cuando llegamos a Nantule, mi madre me dejó a cargo de una familia tutora y se fue, después de hacerme una firme advertencia: — Hijo, no vuelvas a mí hasta que sepas leer.

Empecé a llorar mientras ella se marchaba. Ella no se

detuvo, ni volvió el rostro, y fue en ese momento cuando comprendí que ella también estaba derramando lágrimas.

El hogar donde me dejó mi madre pertenecía a una sacerdotisa de un santuario, y a las pocas horas de mi llegada fui llevado al santuario para conocer a mi anfitriona y rendir tributo a los dioses, "los ancianos" del hogar. El santuario era una casucha redonda, techada con paja, que se hallaba en la parte de atrás de la casa. Estaba rodeada de una cerca de hierba de elefante y al caminar hacia ella, pude escuchar los cánticos y el sonido de maracas y tambores que retumbaban. Detrás del santuario había un pequeño sembrado de encogidos cafetos y sus ramas vacías y mal cuidadas me hicieron desear estar de nuevo en mi hogar de Banga.

—*Ingira, tukulamusiza!* Adelante, hijo mío. ¡Te damos la bienvenida a nuestro hogar!

Una profunda voz masculina me saludó desde el interior del santuario, al asomarme nerviosamente por la puerta. Estuve titubeando allí hasta que escuché la orden de nuevo y tomando una respiración profunda, entré. Por un momento fui rodeado por la oscuridad. Cuando mis ojos se acostumbraron a la tenue luz de la habitación, hallé que estaba parado entre un grupo de personas que estaban sentadas en un piso de hierba olorosa. Me miraban detenidamente mientras yo estudiaba el resto de la habitación con gran nerviosismo.

En el centro del santuario había cuatro postes que sostenían el techo, adornados con cáñamo tejido y coloreado, y con telones. Entre los postes vi un fogón de leña cubierto con pieles de cabra. El fogón estaba protegido por una barrera de lanzas y escudos, y detrás de la barrera había un fuego ardiente. ¡Entre los carbones encendidos del fuego, estaba sentada una mujer!

La miré lleno de asombro, mientras ella me daba la

bienvenida con la misma profunda voz masculina que había escuchado desde la puerta. — Ven acá, hijo mío. No tengas miedo. Me alegro de verte, y pronto serás feliz en tu nuevo hogar.

Mi corazón latía con fuerza mientras me arrodillaba y devolvía el saludo de la manera que mi madre me había enseñado. La mujer se sonrió conmigo, complacida de mi cortesía, pero mi rostro estaba paralizado del temor. ¿Quién era esta mujer que podía sentarse en medio del fuego candente sin quemarse? ¿Por qué hablaba como un hombre? Miré directamente a las llamas que lamían sus ropas, pero no vi nada extraordinario en su vestimenta. Usaba un traje sencillo de tela, como todas las mujeres de mi aldea, y su cabello estaba bien recortado. No tenía cicatrices tribales en el rostro. Su única característica excepcional era su bondad hacia mí, un niño pequeño y extraño en su hogar.

Aquella mujer era mi anfitriona, y cuando hubo terminado sus saludos, me informó acerca de los quehaceres que esperaba que yo hiciera en mi nuevo hogar.

Siguió hablando con voz masculina: — Mientras seas huésped aquí, tendrás la responsabilidad de atender los fuegos del santuario.

Mirándolo desde el presente, no sé por qué le respondí a la sacerdotisa del santuario de la manera que lo hice. No sabía nada acerca de Jesús, a excepción del coro que mi madre me había enseñado, pero de alguna manera, sentí que ya lo estaba sirviendo, y que sería incorrecto servir en el santuario de otro dios.

— No puedo atender sus fuegos — dije, no queriendo ofender a la sacerdotisa —. Mi madre me envió aquí para que aprendiese a leer el Libro.

Apenas salieron las palabras de mi boca, mi anfitriona fue presa de una violenta ira. Hizo tronar, y los devotos que estaban sentados cerca de ella se cubrieron la

cabeza. Me quedé mirando a la mujer que se convulsionaba, lleno de terror. Unos segundos más tarde, una jovencita me tomó por el brazo, alejándome del horno.

— La voz que te habla no es la de mi madre — me susurró llena de temor —. Es la del dios del trueno. ¡Debes hacer todo lo que él te diga!

En ese momento el dios repitió su orden, y mis piernas temblaron. Nunca había hablado con un dios antes, y no podía entender por qué podría estar tan enojado. Pero estaba más seguro que nunca de que no cuidaría los fuegos de su santuario. Mi madre me había enviado a Nantule para aprender a leer acerca de Jesús.

Casi en contra de mi voluntad, rehusé por segunda vez. El dios tronó de nuevo, y cuando habló, la profunda voz masculina ya no era amable. — Si continúas con tu terquedad, morirás en la primera llovizna. Un relámpago te azotará y morirás.

Con esta amenaza, terminó el sonido del trueno. La mujer salió del fuego y se sentó cerca del horno, en una piel de leopardo. Extendió una piel de cabra negra frente a sus pies, y con ambas manos tomó un cuerno de marfil lleno de conchas y granos de café. Estaba lista para comenzar su adivinación, pero antes, y sin mirar hacia arriba, ordenó que yo saliera del santuario.

Pasé la primera noche en mi nuevo hogar acostado en el piso sobre una esterilla muy delgada, temblando de miedo. Sabía que el dios del trueno tenía poder para matarme. Un dios que podía hacer que una mujer adulta se sentara en medio de un fuego encendido — ¡y que tronara! — no necesitaba molestarse por un niño pequeño. Mi vida parecía tan insignificante como la lámpara que había en una esquina de mi cuarto. Era sólo una lata con una mecha que salía por un agujero y despedía mucho humo, de manera que había mucha más oscuridad que luz. Observé mientras la mecha parpadeaba hasta apagarse, y me encogí en el piso, de

manera que parecía un nido de termitas cubierto con una simple tela, y lloré. Ya no me importaba si aprendía a leer. Sólo quería estar en mi casa en Banga, a las orillas del lago Victoriá.

A la mañana siguiente, me levanté temprano y caminé hasta la escuela con los demás niños de la aldea. Yo era tímido, y no dejaba ver mis lágrimas, pero aún tenía miedo. Esperaba que en cualquier momento me azotara un relámpago del cielo, y me matara. Cuando por fin llegamos al patio de la escuela, suspiré profundamente. Sonó un timbre, y seguí a los demás niños, entrando a un edificio grande de lodo, techado con metal corrugado. Nos reunimos en un salón de actos, y observé que todos los niños parecían tener un amigo, excepto yo. Los varones vestían camisas blancas y pantalones cortos color caqui; las hembras vestían trajes color caqui, con cintas blancas que les cruzaban el pecho. Supuse que ninguno de ellos venía de una aldea tan pequeña y tan pobre como Banga. El director de la escuela era un hombre de noble porte llamado Nambuli, y vestía con sencillez un pantalón corto de caqui. Mandó a los estudiantes a cantar "Roca de la eternidad", pero como yo no sabía la letra, permanecí en silencio. Cuando terminó la canción, Nambuli ordenó que todos cerraran los ojos.

— Ahora, hablaremos con el Padre Celestial — dijo.

Miré por todo el salón, y observé que todos cerraban los ojos, a excepción de los "novatos" como yo. Nambuli dijo: — En el nombre de Jesús — y todo el salón respondió —: Amén. — Todo ocurrió muy rápido, pero para mí fue el momento de un gran descubrimiento. No sabía que yo mismo podía hablar con Dios.

Esa tarde caminé hacia mi casa solo, hablando con el Padre Celestial. Le hablé acerca de la amenaza contra mi vida, y le pedí que me protegiera del dios del trueno. Después jugué afuera con los demás niños de la aldea, y

desde ese día en adelante, volvíamos de la escuela juntos, jugando y riendo. Sólo cuando veía las nubes juntándose en el cielo, me apartaba para estar solo. En tales momentos oraba a Dios, le hablaba de mi temor y le pedía su protección.

Viví en el hogar de la sacerdotisa del santuario por tres años, volviendo a Banga sólo durante las vacaciones. En mi hogar con frecuencia le leía a mi madre la Biblia, pero en esos momentos estaba más interesada en el hecho de que pudiera sacar palabras de unas marcas en un papel, que en las enseñanzas de Jesús.

Cada vez que volvía de mi casa, la sacerdotisa del santuario renovaba su reto: — Si tu Dios es tan poderoso, ¿por qué no vienes y te sientas conmigo en el fuego? ¡Entonces veremos quién sirve al Dios verdadero!

Ahora, veinte años más tarde, profesor universitario y ministro de una gran iglesia, escuchaba el reto nuevamente. Miré al niño que había sido sanado, a su madre, y a la curandera que aún estaba tirada a mis pies. Una profunda sospecha se apoderó de mí. Quizá ellos también hubieran venido a burlarse de mi fe y traer descrédito al Evangelio.

Mis temores se desvanecieron. Mientras seguía arrodillada, la curandera repitió su petición, y en medio de mi confusión sentí el impulso del Espíritu. Después de titubear un poco, le expliqué que podía tener el poder de Jesucristo, pero sólo a cambio de un gran precio: primero debía renunciar a sus propios poderes. Para mi gran sorpresa, la mujer accedió inmediatamente. Declaró que estaba dispuesta a dejarlo todo con tal de llegar a formar parte del Reino de Dios. Todo lo que necesitaba era saber qué debía hacer.

Esta audacia en público me convenció de la sinceridad de la curandera. Coloqué mi mano sobre su hombro, y oré por ella, para que Dios le diera el poder de Jesucristo. Cuando dije "Amén", la curandera se puso

de pie y se inclinó con gran dignidad. Me dio las gracias por su nuevo poder y pidió una cita para el jueves siguiente. Me prometió que ese día iba a traer sus dioses y fetiches al patio de la iglesia, y que los iba a quemar todos.

Nos despedimos, y mientras caminaba hasta el púlpito, la curandera fue a encontrar un asiento en la parte más lejana del lugar. Mientras cantábamos, y aún mientras predicaba, hallé que mis ojos divagaban hacia el lugar donde suponía que estaba sentada. *¿Realmente vendrá esa mujer a quemar sus fetiches?*, me preguntaba. Nunca había oído hablar de una bruja que renunciara a sus poderes. La abrogación de una alianza jurada con Satanás y su reino significaba muerte instantánea; ningún brujo podía renunciar a su arte con la esperanza de seguir viviendo. Aun más, si confiaba en el poder de Dios para guardarla, había otras cosas más que se arriesgaba a perder. Aquella mujer era una bruja prominente en Kampala, y la brujería no era sólo su religión, sino su fuente de ingresos y de prestigio además. Si renunciaba a sus dioses, estaría renunciando a toda su vida.

Al lunes siguiente me reuní en la iglesia con cinco ancianos para orar. Acordamos seguir ayunando y orando hasta el día de la hoguera, y nos reunimos a orar varias veces más. El jueves por la tarde, la curandera llegó guiando su brillante minibús azul al patio de la iglesia. Cuando quitó el picaporte y abrió las puertas traseras, apenas pude creer lo que veía. El minibús estaba cargado de cientos de artículos sagrados. Había lonas en colores brillantes, escudos, lanzas, monedas viejas, y decenas de varas pulidas que estaban torcidas en formas extrañas. La curandera descargó todos los fetiches, uno a uno, y los iba colocando debajo de un árbol cercano. Por último, sacó un gran cilindro de lienzo que estaba bordado con cuentas y conchas. Colocó el

72 Una angustia lejana

cilindro en la cima del montón, y dio un paso hacia atrás con solemnidad.

Los ancianos y yo nos reunimos junto a la curandera alrededor del montón, y uno de los ancianos le preguntó qué era el cilindro.

— Es la imagen del dios de quien recibo poder — explicó la curandera —. Es el dios del trueno.

Mis piernas se debilitaron al escuchar el nombre. Era el dios que una vez me había amenazado de muerte. Por un momento sentí nuevamente el temor profundo que conocí cuando era muy joven y caminaba a través del pantano rumbo a la Escuela Elemental de Kiyoola. Escuché nuevamente las maldiciones estridentes de la sacerdotisa del santuario, y desde lo más profundo de mi corazón, clamé a Dios. Aún en aquel momento, veinte años más tarde, sabía que los juramentos de la sacerdotisa eran lo suficientemente poderosos para destruirnos a todos.

Los ancianos y yo hicimos un círculo para orar, y durante unos momentos, nadie habló. Desde la niñez, todos habíamos vivido en el mismo terror profundo a los dioses, y ahora las largas y confiadas oraciones de los tres días anteriores desaparecieron ante el montón amenazador de imágenes y fetiches. Ninguno de los allí presentes quería una confrontación directa con lo demoníaco.

Finalmente, yo hice una breve oración. Cuando terminé, uno de los ancianos me entregó una caja de fósforos. En la tranquila conversación que se inició a continuación, se la volví a entregar, y él a su vez se la entregó a su vecino. Al cabo de unos segundos, los fósforos habían pasado de mano en mano, y habían vuelto a las mías. Podía sentir la mirada casi acusadora de los ancianos: — Tú eres el que predicas el Evangelio. Ahora, ¡sé tú el que lo demuestre!

Titubeé, y luego prendí fuego a los objetos religiosos.

El trueno en el fuego 73

Al cabo de pocos minutos, todo aquel reino demoníaco estaba en llamas. Los ancianos, la curandera y yo permanecimos de pie mirando la llamarada durante casi una hora. Nuestros temores desaparecieron, y en su lugar surgió un nuevo júbilo. El ardiente fuego parecía la ira santa de Dios, y el olor penetrante que despedían los objetos encendidos daba un dulce aroma de libertad. Cuando finalmente el montón quedó reducido a cenizas, la curandera lloró y gritó de la alegría. Los ancianos y yo nos unimos a su regocijo, y le dimos gracias a Dios por rescatar a uno de los servidores mismos de Satanás, del reino de las tinieblas.

Después del servicio de la fogata, un anciano y yo llamamos a la curandera a un lado, y le explicamos las consecuencias de su libertad. Dios le había dado el poder que había pedido, y ahora ella debía entregarle a Él su vida. Le leí una porción de la Palabra de Dios, y ella la escuchó atentamente. Cuando comprendió que Jesucristo había muerto por sus pecados, y había hecho posible que ella fuera miembro del Reino de Dios, lloró otra vez. Confesó sus pecados y recibió a Jesús como su nuevo Señor.

Al domingo siguiente, la curandera convertida vino a la iglesia y habló acerca de su liberación ante toda la congregación.

— Satanás no se preocupa en lo más mínimo por sus devotos, excepto para usarlos y destruirlos. Sus devotos se llaman *omukongozi*, "los que cargan al rey en sus espaldas", y conocen su destino de antemano. Ellos mismos recitan en la voz de su dios: "Cuando te mate, me posesionaré de otro", y cantan en sus coros: "Me quemarán junto con una multitud de hijos."

La curandera convertida concluyó diciendo: — Es una maravilla que la pierna de un niño sea sanada. Es un prodigio cuando un devoto desecha a sus dioses, y sigue con vida. Pero no es maravilla alguna que un brujo se

74 *Una angustia lejana*

siente en el fuego. El fuego es el hogar del diablo, y él les permite a sus aprendices sentarse junto con él.

Antes de que la curandera terminara de hablar, la iglesia comenzó a lanzar sonidos de aclamación. El coro prorrumpió en un cántico, y la congregación comenzó a batir palmas y a danzar de alegría. Era un momento de gran triunfo, un día en el cual las palabras de Jesús cobraban un nuevo significado para todos nosotros:

"Mas si por el dedo de Dios echo yo fuera los demonios, ciertamente el reino de Dios ha llegado a vosotros" (Lucas 11:20).

~ 7 ~

¡Nos están quemando!

La noticia de la conversión de la curandera se regó rápidamente por todo Kampala y las ciudades circundantes. La fama de la mujer no era sólo por su habilidad como curandera, sino más bien en sus funciones de "iniciadora", es decir, la persona que inicia a otros devotos en la profesión, y varios de sus antiguos discípulos y compañeros de oficio comenzaron a asistir a los servicios de la iglesia. Vinieron a conocer el nuevo poder que su colega había descubierto. Después de escuchar el Evangelio, muchos dejaron a sus dioses antiguos, y se hicieron seguidores de Jesucristo. En diciembre de 1972, habíamos bautizado a más de ciento cincuenta curanderos. Cada brujo convertido celebraba un "servicio de hoguera" en el patio de la iglesia. En el mismo lugar donde hicimos la primera hoguera, quemamos miles de dioses y fetiches.

Fue durante esta época cuando ocurrió un extraño suceso en el hogar de una de las familias más prominentes y acaudaladas de Kampala. Un día, después de un servicio de bautismo especialmente numeroso, estaba reunido con dos ancianos en el vestíbulo de la iglesia hablando acerca del crecimiento de nuestra congregación. Habíamos estado hablando acerca de la necesidad de un ministerio de "grupos pequeños", cuando fuimos interrumpidos por un hombre bien vestido de edad

mediana, quien entró por la puerta apresuradamente y sin tocar. Su ropa estaba desarreglada por completo, y tenía la apariencia de no haber dormido en varios días. — ¡Sebo, por favor, venga enseguida! — gritó —. Mi madre ha cerrado la boca, y pronto morirá. ¡Por favor, venga a orar por ella! ¡Ore para que muera en paz con una bendición cristianal!

No reconocí al hombre, pero en la sociedad *baganda*, cuando una persona "cierra la boca", es que deja de hablar y de comer, señal de que la muerte está cerca. Yo sabía que me estaba pidiendo que pronunciara los últimos ritos sobre su madre. Esta práctica se acostumbraba sólo entre los católicos, y me sentí renuente a verme involucrado en ella. Le dije al hombre que lo acompañaría después de consultar con los ancianos, pero él se negó a aceptar mi tardanza.

— Mi madre está a punto de morir — gritó —. ¡No puede esperar por sus consultas!

La familia vivía en la ladera occidental de Makerere Hill. Llegué a la vivienda acompañado de dos ancianos, e inmediatamente reconocimos que pertenecía a la familia de comerciantes más famosa de Kampala. Había una gran multitud de plañideros en el patio del frente, alrededor de un fuego al descubierto. Estaban llorando y lamentándose, y cuando me reconocieron como "el clero", sus lamentaciones se hicieron aun más audibles.

Adentro, el escenario era igual. La casa estaba atestada de miembros de la familia, que esperaban que la mujer lanzara su último suspiro. Mientras iba siguiendo al hijo hasta la habitación, una anciana me tomó por la manga de la camisa y gritó: — ¡Oh Señor, que muera rápidamente, y que vaya en paz! — Al igual que los demás, su rostro estaba bañado en lágrimas, y las vestimentas que llevaba a la cintura estaban amarradas, firmemente ceñidas a los lomos. Por un instante, me sentí abrumado con las escenas y los sonidos de la muerte.

La mujer yacía en una gran cama de caoba en medio de una habitación lujosamente amueblada. Sobre la cama había un mosquitero, y a pesar de la tenue luz, logré ver su rostro. Tenía un rostro atractivo, pero ya estaba tornándose gris, y tenía apariencia demacrada y desgastada. Sus ojos estaban cerrados suavemente, como si la muerte ya hubiese llegado.

Cuando me acerqué a la cama, me sorprendí de ver que comenzaba a temblar. Al cabo de unos segundos estaba sacudiéndose con violencia y sudando. En medio de extrañas convulsiones, se golpeaba contra la pared, y con una voz áspera y masculina comenzó a gritar pidiendo auxilio: — ¡Ha llegado el destructor! — gritaba —. ¡Ustedes son los que nos están quemando!

Los gritos de la mujer me dejaron perplejo, y sorprendieron a su familia. No la habían escuchado hablar durante días, y ahora, precisamente cuando se estaba muriendo, salían de su boca palabras extrañas que nadie podía entender. Esperé a que los miembros de la familia se calmaran, y luego, cuando la mujer hubo terminado de hablar, le puse la mano sobre la cabeza. Le pedí a Dios que la recibiera en su reino, y que la consolara.

Terminé de orar y hubo un momento de silencio. Entonces la enferma abrió los ojos y, tomando mi mano en la suya, se sentó en la cama. Las sábanas estaban empapadas de sudor y ella respiraba fuertemente, pero sus ojos estaban claros. Miró por toda la habitación y, con voz exhausta, le pidió a un miembro de la familia que le trajera un té. Nadie se movió para ayudarla; todos estaban paralizados por el asombro. Aquellos que sólo unos momentos antes no tenían palabras de consuelo para la moribunda, ahora se encontraban con que tampoco tenían palabras para la que había recuperado la vida. Finalmente, una joven salió corriendo de la habitación por toda la casa gritando las buenas nuevas. La multitud de plañideros comenzó a murmurar con

asombro, y algunos de ellos irrumpieron en gran regocijo. Alguien trajo el té y todos nos quedamos de pie alrededor de la cama de la mujer, viéndola tomar el té, y sintiéndonos un poco incómodos. La mujer sanada no decía nada; sólo nos miraba fijamente, con los ojos llenos de asombro.

Los ancianos y yo dejamos sola a la familia tan pronto como nos fue posible, y por todo el camino íbamos perplejos por la sanidad de la mujer y por sus extraños gritos. En el momento de más tensión, yo mismo no había entendido lo que estaba diciendo. Cuando los ancianos me lo contaron, me sentí aún más perplejo. ¿Qué habrá querido decir? ¿Cómo la podríamos estar quemando? ¿Se estaría refiriendo a nuestros "servicios de hogueras" con los curanderos? Parecía improbable. Ninguno de nosotros había tratado con la mujer anteriormente, y ni ella, ni ningún miembro de su familia, había asistido jamás a la Iglesia Redimida.

Los gritos de aquella mujer rica permanecieron velados en el misterio hasta el domingo siguiente. Ese día, ella y toda su familia asistieron a la iglesia y dieron alabanzas en público a Dios. Después del servicio, en una conversación con su hijo, pude averiguar que unos días antes de caer enferma, la mujer había visitado a una curandera para consultar un asunto doméstico. Fue una noticia sorprendente; sólo entonces entendí sus gritos en el lecho de muerte: — ¡Ustedes son los que nos están quemando! — Era el grito de una persona poseída.

La grandeza de este acontecimiento me abrumó, y por primera vez en mi vida, comencé a entender el alcance del reino satánico. Era un reino de innumerables súbditos fieles cuyas moradas no sólo eran los objetos inanimados, sino los mismos seres humanos. Por muchos fetiches que quemásemos, o muchos brujos que se convirtiesen, jamás podríamos acabar con tan gran cantidad de demonios. Estos siervos profundamente

consagrados de Satanás, miembros invisibles e interrelacionados de la red espiritual de maldad, no se podían combatir con sangre y carne.

Me acordé de las experiencias de mi niñez, de Okelo y sus brazos paralizados, del jovencito con la pierna lisiada y de los cientos de brujos convertidos. Pensé en el hombre parado frente a mí, en su madre y su lucha en el lecho de muerte. Todos éramos personas que una vez habíamos sido vencidas por Satanás y por la solidaridad del mal. El reino de las tinieblas había invadido nuestra vida con poder, pero en Jesucristo, el reino de Dios había triunfado.

Algunas semanas después de la sanidad de la mujer rica, un lunes de fines de diciembre, uno de los líderes de los brujos de Kampala, llamado Kiganira Omumbaale, maldijo a la Iglesia Redimida.

Frente a una reunión de sus discípulos, anunció lo siguiente: — Dentro de poco, esta gente de Dios será destruida. Kefa Sempangi morirá de forma miserable. Yo lo he dicho.

Dos días después, el sereno le notificó al comité de ancianos que una banda de brujos había visitado el lugar donde adorábamos. Habían llegado a las tres de la mañana y habían hecho un gran círculo alrededor del púlpito. Después de bailar y de realizar muchos ritos sacrílegos y obscenos, regaron un polvo fino y blanco por los terrenos. Entonces, desaparecieron en la noche.

Las noticias del sereno causaron honda preocupación entre muchos de los ancianos. Kiganira Omumbaale, nombre que significa "Kiganira el brujo", era un ciudadano prominente de Kampala, y era conocido como poseedor de grandes poderes. Dos años antes de la independencia de Uganda, entonces colonia de Gran Bretaña, profetizó, colgado de la rama de un árbol, que el rey *baganda* volvería pronto del exilio. El rey *baganda*, Mutesa II, había sido enviado al exilio por Gran Bretaña, y

Kiganira dijo la profecía en un momento en que las iglesias de Uganda sólo oraban por la reina de Inglaterra. Al poco tiempo fue puesto en prisión por su declaración, y dos años más tarde, llegó la independencia. El rey Mutesa II regresó del exilio, y desde entonces el poderío de Kiganira había sido absoluto. Miles de personas de toda Uganda venían a recibir *baraka*, bendiciones, de sus manos, y pronto tenía más seguidores que ningún otro brujo de Kampala. Su éxito le llevó a pedirle al presidente Obote que hiciera que la brujería fuera la religión nacional de Uganda. Obote se negó, pero Kiganira había logrado establecer su criterio.

Ahora, como respuesta a la nueva profecía del brujo, los ancianos de la iglesia convocaron a una vigilia de toda la noche para orar. La reunión estaba llena de preocupados miembros de la iglesia que se recordaban a sí mismos la protección de Dios. También yo asistí a la reunión, pero sentía poca inquietud.

Había aprendido en los meses anteriores que el poder de Dios tenía una respuesta directa para el reino de Satanás, y sabía que ni el brujo ni sus dioses tenían poder alguno sobre mi vida.

El sábado siguiente a la reunión de oración, Kiganira fue con su esposa al lago Nalubaale a practicar sus ritos. Salió hasta el centro del lago flotando en un neumático, como era su costumbre, y se sentó de tal manera que daba la impresión de estar sentado sobre el agua. Entonces se dirigió a sus seguidores y se puso a bendecir a la gran cantidad de gente que había venido a buscar sus favores.

Lo que ocurrió después de esto, jamás se entendió claramente. Por alguna razón desconocida, el brujo resbaló de su neumático, y desapareció de la vista. Momentos de ansiosa búsqueda siguieron, pero hasta pasadas varias horas no se recuperó su cadáver.

La nueva de la muerte de Kiganira trajo gran alivio a la

congregación de la Iglesia Redimida y marcó el final de una oposición satánica abierta a nuestro ministerio. A pesar de que los curanderos y sus prácticas continuaron creciendo en popularidad bajo el régimen de Idi Amín — de quien se rumoraba que practicaba abiertamente rituales con sangre humana — nunca volvimos a experimentar, como iglesia, un ataque directo de los dioses. Pero Satanás ya estaba preparando un ataque nuevo y aun más estratégico, que no sospechábamos.